

POESIA AMERICANA

COMPOSICIONES SELECTAS

ESCRITAS POR

POETAS SUD-AMERICANOS DE FAMA,

TANTO MODERNOS COMO ANTIGUOS

Publicadas por la imprenta del Siglo, bajo la direccion de

JUAN MARIA GUTIERREZ

T. II.

Clemente L. Fregioso.

BUENOS AIRES

Imprenta del Siglo, Victoria 151

1867

Apénas hemos terminado el segundo volumen de la presente coleccion, y ya hemos presentado al público sesenta nombres de distinguidos escritores en verso, nacidos en la estensa porcion del nuevo mundo que media entre Méjico y Buenos Aires. Si nos es dado continuar, crecerá este número de una manera que causará sorpresa.

Téngase presente que el poeta americano es un ser activo, mezclado al movimiento de la vida social; ya majistrado, ya orador parlamentario, ora ministro de estado, ora

capitan de una compañía ó jeneral de un ejército: escribe en verso cuando el sentimiento ahoga por su abundancia la idea que solo en prosa tendria representacion adecuada, ó cuando quiere apoderarse de la imaginacion de sus conciudadanos.

Esta gran familia que sentamos en el hogar de estas pájinas, no se compone de miembros contemplativos, aislados de la sociedad á que pertenecen, ni de meros artífices de producciones literarias encomendadas por un editor, ó escritas por oficio. Es la familia de la América militante representada por sus hijos mas jenuinos, por los corazones mas ardientes, por las mentes mas claras: es la América pensadora revelando su civilizacion actual y anunciando la que la espera para lo futuro. Léanse sus cantos y se verá que esa civilizacion es tan perfecta como puede exigirla el siglo; que tiene por bases la jenerosa libertad, amor al hombre como

á lo bello, interes hácia todos los problemas cuya resolucion interesa á la humanidad, y una fé ciega en los bienes prometidos por la democracia cuyo establecimiento radical es la obra del presente para las repúblicas del habla española.

Todavía no hemos presentado mas que una muestra débil de la robusta poesia que deseáramos revelar reuniéndola en un solo cuerpo. Hemos comenzado por los preludios de un gran poema, por los cantos vagos y fugaces, á espera del momento en que nuestros lectores halagados por la harmonia quieran prestarse á escuchar mas detenidas concepciones. Todavía no hemos abierto las anchas pájinas, casi épicas de Olmedo inmortalizando por segunda vez á Junin, de Bello pintando los encantos naturales y las faenas rurales de la zona tórrida, de Varela interpretando como nadie á Virjilio, de Echeverria, autor de la gran *comedia*

social de nuestro siglo, de Arboleda que ha retratado los caracteres mas frecuentes en la historia de la conquista y daguerrotipado las montañas, las selvas y los torrentes del suelo bogotano. . . . No hemos abierto esas páginas aún, repetimos, y sin embargo en lo publicado hasta aquí, ya se apercibe el poder de aquella inspiracion como deja la primera ráfaga presentir al irresistible huracan de las Antillas ó de la Pampa.

Si á cada nombre acompañáramos la biografia de quien le lleva, la simpatia y la admiracion pasarian de la obra á la persona del autor. Hasta los que nacieron esclavos de entre ellos supieron morir como héroes. Qué es mas grande en los últimos momentos de Plácido, su postrero canto á Dios, ó su martirio por la libertad? Arboleda cae al golpe de una bala traidora como Sucre y confunde su sangre con la de este bravo, despues de haber derramado con la

palabra y con la pluma las mejores doctrinas y consejos al pueblo de que se habia hecho caudillo. Caro fué un soldado, Bello ha honrado á la América y llenádola con el perfume de su esquisito gusto literario. El cantor de la *libertad de la Grecia* está dos veces en el altar de la libertad argentina como publicista y como mártir. La señora Marin acaba de terminar una existencia digna, útil, legando á su sexo el ejemplo de la modestia á par de la conciencia del mérito propio justificado por el aplauso público. Nada podemos decir de los poetas de nuestra coleccion que viven aún.

Entregamos este segundo volúmen al público en la confianza de que su proteccion nos permitirá la continuacion de nuestras miras al emprender esta coleccion de poéatas. En los anteriores renglones hemos tratado de mostrar, que, conocer á los poe-

tas americanos es uno de los medios mas eficaces para conocer y para amar al suelo en que nacieron y á la civilizacion á que pertenecen.

J. M. G.

Grandeza del hombre como obra de Dios:

(FRAGMENTO DE UN POEMA TITULADO "ORGULLO
Y MISERIA.")

¡Alma de la creacion! cuando del seno
De tu poder salia,
Como en el centro de la nube de oro
Tras la tiniebla el luminar del dia,
Al himno de los pájaros cantores,
Al hosanna sublime de los mares,
Al brotar los fuljentes luminares,
Al volar el incienso de las flores,
Al proclamarte en su estampido el trueno,
Al ensalzar ¡oh Dios omnipotente!
Retumbando magnífico el torrente,
Tu misterioso nombre. . . .
Dijiste: "¡nazca el hombre!"
Y con tu luz resplandeció su frente.
Hijo de Dios, arcánjel humanado,
Espíritu inmortal, goza tu herencia:
El verde campo y sus espigas de oro:
La flor de seda con su dulce esencia,
El duro pedernal con su tesoro;
El mar inmenso con sus hondas huellas,
El aire y el reptil que esmalta el suelo,
Y el magnífico cielo
Con su dosel espléndido de estrellas;

Le gozaste: á su májico embeleso
Te adormecistes ebrio de ventura,
Y te sacó del sueño la hermosura
Al blando tacto de su ardiente beso!
Brotó el sol de su vasta intelijencia,
Y todo le alumbró; domó los mares
Con inseguro leño,
En globo frájlil le miró el vacío,
Y sumiso á sus piés repitió el viento
su poderoso acento
Al esclamar: "El universo es mio."
En el grano del ámbar su secreto
Le arranca al rayo: su poder quebranta,
Y ese monstruo de llama, horror del viento,
Dócil se humilla á su soberbia planta;
Dice al hombre: "Serás mi confidente,
Lleva mi pensamiento en rauda vuelo:"
Tiende su hilo el telégrafo obediente,
Y vuela la palabra intelijente
En el rayo del cielo. . . .
¡Hijo de Dios! alcázar de su gloria,
Podré considerarte vil gusano
Y lodo ruin y miserable escoria,
Presa de crimen, fuente de pasiones
Y de los tuyos víctima ó tirano?
¿Nos dirá ese huracan cuando retumba,
Nos dirán esos astros con su lumbrere:
"Esta es arca de cieno y podredumbre. . . .
El fin de los mortales es la tumba.?"
Blasfemo delirar, atroz mentira
Que robó al templo el ornamento de oro,
Y que sembrando decepcion y lloro
Contra la triste humanidad conspira.
¡Grande inmortalidad! tú vindicaste,
Al hombre hijo de Dios! Tú le mostraste
Sin dardos de venganza:
Tú, divino, en la tumba iluminaste
La seductora faz de la esperanza!
Grande inmortalidad! creencia querida,

**Velo del alma, amparo de la suerte!
Tú convertiste el antro de la muerte
En senda hermosa de la eterna vida.**

GUILLERMO PRIETO.

Napoleon.

Águila del desierto, cuyo nido
Fueron las borrascosas tempestades,
Flamíjero cometa suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades;
Tú que en el lago inmenso del olvido
Has lanzado tus réjias claridades,
Dios caído del trono de los dioses. . . .
Quién recibió tus últimos adioses? . .

No fueron las pirámies que oyeron
De tus pasos el ruido y se inclinaron,
Ni las aguas del Nilo que te vieron
Y en su seno tu nombre murmuraron;
No fueron las ciudades que encendieron
Sus torres y en la noche te alumbraron. .
Quién fué? . . ¡Silencio! . . Trémula mi boca,
Nombra apenas el mar . . nombra una roca. . .

La tierra, el mar, los cielos, orbe estrecho
Eran para tu planta de gigante:
De tu imperial palacio el réjio techo
Fué el firmamento colosal, flotante;
Tu diadema los soles. . . . y tu lecho
El antártico polo de diamante. . . .
Tú féretro? ¿Es verdad? ¡Titan del Sena!
El peñasco fatal de Santa Helena? . . .

Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albion del mar señora,
¿Por qué? Porque un pedazo de tu tierra
Fué á pedirte el coloso en mala hora!
¡Y le diste un peñasco! . . En él se encierra
Tu mas horrenda pájina, ¡traidora!
En él su espectro arrastra sus crespones
Y te cubre de horrendas maldiciones.

Tuviste miedo al leon y le enjaulaste;
Y de lejos oyendo su rujido,
Tú, de la mar señora . . ¡tú . . temblaste!
Por el puñal de la traicion herido
Cayó á tus piés . . . Entónces respiraste,
Cobarde vencedora del vencido . . .
El oceano mismo no podria
Borrar ese padron de cobardía

Tú no eres tan culpable . . ¿En dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
Por qué no le salvó? . . ¡Le contemplaba
Desde sus blancos Alpes sonreida!
Y él que la hizo tan grande! . . Ella danzaba
Sobre sus mil banderas . . y su vida,
Como un volcan antiguo, moribundo,
Lenta espiraba en ese mar profundo.

ABIGAIL LOZANO.

En un album.

Pa^z dé Dios siem^{pre} á tu seno
Y á tus jardines un lirio,
Y si amas, un hombre lleno
De esperanza y de delirio.

SALAS Y QUIROGA.

Cuando en la tierra extranjera
Donde á morar te dispones,
Con voz fatal la campana
Anuncie al suelo las doce,

Y las virtudes y el vicio
En las calladas mansiones,
Gocen del blando descanso
Que trae consigo la noche,

Suelta tus rubias madejas
Que por el cuello, sin órden,
Al resbalar blandamente
El seno cándido toquen:

Entre las palmas ebúrneas
La mística frente repose
Y pensamientos de vírjen
Por ella crucen veloces.

Abre este album, mujer bella,
Ábrele rápida entónces,
Que de misterios y amor
Llenas palabras esconde.

Y á la luz trémula y roja
De alguna lámpara inmóble,
Busca en sus hojas, perdido,
Como en el mundo, mi nombre.

Búscaló, sí; y al hallarle
Lágrimas tiernas lo mojen,
Que arrancarán á tus ojos
Recuerdos ¡ay! matadores.

Recuerdos, no del poeta
Cuya existencia corroe
Algún oculto veneno
Que Dios en su seno pone.

Sino de tu patria bella,
Ciudad de las negras torres,
Que con cintura de espumas
La sien adorna de flores.

De ese su cielo apacible,
De sus festivas canciones,
Y de ese monte atalaya
Que laman ondas veloces.

¡Cuántos amargos ensueños,
Cuántas ingratas visiones,
Sobre tu frente sus alas
Plegarán raudas entónces!

Latirá el seno ajitado,
Se apagarán los colores
De tus mejillas, los lábios
No darán paso á las voces.

Y como fuente que hinchada
Salva los marcados bordes,
Y arranca al paso la flor
Que octubre en los campos pone,

Por los pesares preñados,
Tal vez tus ojos arrojen,
Asi de llanto torrentes,
Que borren fieros mi nombre.

Mas no: do quiera que mire
Nacer la hermosa sus soles,
Un ángel vela á su lado
Para calmar sus dolores;

Y la esperanza le vuelve
Cuandø se duerme en la noche,
Besando el nítido seno
A que piadoso se acoje.

Virjen de rubias madejas,
Guarde el Señor tus amores,
Y haga que en tierras estrañas
Tu vida en dichas rebose.

ADOLFO BERRO.

El hogar.

Oh, dulces horas de mi contento
Quién os pudiera mutiplicar,
Si es un encanto cada momento
Que se desliza bajo el hogar.

Otros adoren del mundo vano
Las veleidades, la seducción:
Yo solo quiero ser soberano
Del santo imperio del corazón.

Que otros se ajiten buscando el oro,
O alucinando su vanidad:
Yo vivo, avaro, con el tesoro
De mis amores, mi libertad.

Ay! otro tiempo la transitoria
Fortuna humana buscando fuí,
Acariciando sueños de gloria
Que disiparse do quiera ví.

Tras el secreto de mi destino
Tras de la sombra de mi ideal,
Y hallando en medio de mi camino.
Solo miserias, dudas y mal.

Por cada afecto logré un engaño,
Hallé mudanzas, ingritud;
Y en rudas luchas, año por año
Se fué perdiendo mi juventud.

Ay cuantas veces me sorprendiera
Con sus dolores la realidad;
Y al disiparse cada quimera,
Fué mi refugio la soledad!

Mas, del naufragio todo el tesoro
De mi esperanza pude salvar;
Y hallé el secreto del bien que adoro
Bajo el misterio del dulce hogar.

Si del paterno (donde, inocente,
Mi santa madre me dió la fé)
Arrebatado por la corriente
Del mundo vário me separé.

Mas tarde llena de amor el alma,
Por tí vencida, mi Soledad (1),
Hallé á tu lado consuelo y calma
Y una suprema felicidad.

Tras el capricho falaz, que embarga
La independéncia de la razon,
Gozó la vida menos amarga,
Libre de azares—mi corazon.

Tras la borrasca de las pasiones
La casta y noble paternidad;
Y en vez de vanas agitaciones
Los mil encantos de la amistad.

(1) La esposa del autor se llama Soledad.

Oh! cuánta dicha vivir amando
La digna madre, la esposa fiel:
Los caros hijos acariciando
Bella esperanza de la vejez!

Pasa la noche: tranquilo sueño
De las vijilias nos alivió,
Y con el rayo de luz risueño
Un nuevo día nos alumbró.

Porque hasta el lecho llegan, saltando,
Mis querubines cantando amor
Que en sus sonrisas miro asomando
De un paraíso todo el albor.

Cuánto es mi gozo si *Carolina*
Con mis cabellos jugando está,
Mientras *Bertilda* (la mas "ladina")
Me dice alegre: *bon jour papá*.

Cuando mi madre con melodía
Le arranca al piano con majestad,
Y al éco dulce de la armonía
"Te amo!" me dice mi Soledad . . .

Cuánto deleite si mis chiquillas
Con inocente satisfaccion
Trepan ligeras cual dós ardillas,
Sobre mis hombros, en el salón.

La una me pide que "cante el gallo,"
Que al gato imite ú otro animal;
La otra en mi nuca grita: "caballo!
Upa!"—y se agarra como si tal.

Y en mi melena fábrica un nido,
Do la muñeca pone á dormir;
Y bajo el cuello me deja undido
Cuanto juguete puede reunir.

Gritan y saltan las picarillas
Con inocente felicidad:
Mientras la una me hace cosquillas
La otra mil muecas, con vanidad.

Me suelta el lazo de la corbata
Me engarza un palo de algun ojal!
Y en el bolsillo, gozosa, me ata
Un par de cófias y un delantal.

Y triunfadora corre mostrando
La maravilla que fabricó,
Y vá á esconderse cuchichéando,
Tras el pañuelo que me robó.

Si de la calle rendido llego,
La paz buscando bajo el hogar,
Cual mariposas me buscan luego
Las picaruelas, sin vacilar.

Me dan asalto, y á los envites
Que á mis bolsillos haciendo están,
Los caramelos y los confites
A manotadas saliendo ván.

Y es tal mi gozo cuando las miro
Entre mis brazos, lleno de amor,
Que de ventura casi deliro,
Y olvido el mundo fascinador.

Y á Dios bendigo por mi bonanza,
Libre, tranquilo, sin ambicion;
Y en lo infinito de la esperanza
Sueña embriagado mi corazon.

Oh, dulces horas de mi contento,
Quién os pudiera multiplicar,
Si es un encanto cada momento
Que se desliza bajo mi hogar.

JOSÉ M. SAMPER.

Un recuerdo a la patria.

Bella es la Europa! ella guarda
Bajo su manto de gloria
De cien naciones la historia,
Cual tesoro secular.
Es un santuario inmenso
De arte, de luz y de ciencia,
Cuya mágica opulencia
Puede al alma fascinar.

Pero ¡ay! do quier que mi mente
La esperanza va buscando,
Va tambien adivinando
Una triste decepcion....
Porque en medio dé esta pompa,
De este mundo de luz y oro
Le falta el mayor tesoro
A mi amante corazon!

¿Cuál?—Tú sabes Josefina:
En ese alfombrado suelo,—
Son las montañas, el cielo,
La selva, el viento, la flor:—
Todo ese bello conjunto
Que llaman "Patria natía,"
Que despierta noche y dia
Nuestros recuerdos de amor....

Peregrino de otro mundo,
De saber y luz sediento,
De uno en otro monumento
La verdad buscando voy.
Y perdido entre la turba,
A cada voz que profiero
El eco dice: "¡Estranjero!"
Porque en otro mundo estoy..

Entonces, indiferente
A esta pompa que fascina,
Mi espíritu, Josefina,
Vuela en pos de otra rejion
Que así cual ninguno iguala
De una madre el dulce anhelo,
Solo el sol del patrio cielo
Da calor al corazón.

Allá, tras el lomo inquieto
Del oceano profundo,
Alza su mole otro mundo
De esplendor meridional:
Tierra de amor y de vida,
De sempiterna verdura,
De incomparable hermosura,
De grandeza tropical.

COLOMBIA! su solo nombre
Es de la gloria un emblema;
Su historia es un gran poema
De heroismo y libertad!
Yo amo su cielo, sus Andes,
De sus bosques los conciertos,
Sus solitarios desiertos
De solemne majestad;

Su gigantesco Tolima
Cubierto de limpia escama,

Su estupendo Tequendama
De magnífica esplosion;
Sus selvas donde el arroyo
En blancos hilos asoma,
O el torrente se desploma
Sobre el cóncavo peñon. .

Amo su Cóndor soberbio,
Y sus roncós huracanes,
Sus escarpados volcanes
Cuyo aliento hace temblar;
Y sus ríos que descienden
Entre bosques de palmeras;
Sus riquísimas praderas,
Inmensas como la mar. . . .

Ese es un mundo salvaje,
Pero lleno de esperanza,
Donde asoma en lontananza
Portentoso porvenir.
La libertad es su brillo,—
El heroísmo su gloria:
Por eso, con su memoria
Siento el corazón latir.

J. M. SAMPER.

Por que me miras anciano?

—Te miro porque es bella
Tu candida inocencia,
Mas pura que la esencia,
O niña! del jazmin:
Te miro cual mirara
Anjélica vision,
Radiante aparicion
De alado serafin.

Te miro porque calman
Tus lánguidas miradas
Del pecho envenenadas
Dolencias mil y mil;
Y siento poco á poco
Ceder mi cruda pena,
Al ver ¡ay! tan serena
Tu frente de marfil:

Te miro porque es grato
A un pecho anciano y yermo,
Y lánguido y enfermo,
Sin gloria y sin amor;
Hallar una alma pura
Que sale de la infancia
Con toda su fragancia,
Con todo su esplendor.

Así mirar podría
De nuevo si volviera
O hermosa! la pradera
Do niño retocé:
Allá donde en mi infancia
Lejana y venturosa
La linda mariposa
Con tanto afan busqué!

Te miro cual mirara
Con avidez, con ansia
Aquella vieja estancia,
La estancia paternal;
Do alegre recibia,
Gozando mil delicias,
Las plácidas caricias
Del pecho maternal.

Así como el viajero
Contempla la corriente
De la ignorada fuente
Do refrigerio halló;
Asi es que te contempla
De paz sedienta mi alma,
Y alivio encuentra y calma
Que tanto, tanto ansió.

Tal vez saber quisieras
Por qué cuando te miro,
Tristísimo suspiro
Exhalo de afliccion?
Por qué ves esa lágrima
Que un solo instante brilla,
Rodando en mi mejilla
Bajar al corazón?

—Pues oye—Hubo una jóven,
Cual tú, cándida, hermosa,

Y aquella fué la esposa
Que me otorgara Dios.
Tambien me diera una hija
Imájen de su madre
Y yo era esposo y padre....
No viven ya las dos!....

Y viejo, errante y solo,
Buscando por do quiera
Su imájen hechicera
Viajaba sin cesar,
Y en tí la encuentro al cabo....
Oh! juzga lo que siento;
Y déjame un momento,
Miándote, llorar.

SILVERIA E. DE LOS MONTEROS.

A orillas del Magdalena.

Viene la noche: el sol en Occidente
Ya no destella su fulgente rayo;
Y en la arboleda, lánguido, se siente
De las temblantes hojas el desmayo.

Pasó el ardor canicular del cielo,
Y las plantas exhalan su ambrosía,—
Y en dulces himnos de amoroso anhelo
Puebla el pájaro el viento de armonía.

Todo es tranquila soledad y encanto,
Todo hermosuras y primor salvaje,—
Tanto del césped en el verde manto
Como del bosque en el jentil follaje.

Vuelve al redil la vaca lentamente,
La traviesa gallina á su coramada,
Y suelta el potro su relincho ardiente
Al sacudir la erin ensortijada.

Si en la playa del turbio Magdalena
Canta el Alcion en queja lastimosa,
Alegre salta en la tupida almena
Del higueron, la mirla bulliciosa.

Con dulce arrullo en su caliente nido,
Llama al pichon la cándida paloma,
Mientras exhala su aliento condolido
La codornis, en la vecina loma.

¡Cuánta hermosura por do quier se admira!
Grupos de estraña animacion campestre:
Bajo la alondra que de amor suspiras,
Se vé al racimo de la flor silvestre.

Acá el mástil audaz de la palmera
Destrenza sus flotantes pabellones,
Y al soplo de la brisa pasajera
Suelta sus cien parásitos festones.

Allá el sauce, de copa amarillenta,
Moja en las ondas del revuelto rio
La rama do se mece, macilenta,
La pescadora garza del estío.

Y aquí y allí sobre la verde alfombra
Del prado natural, tímidamente,
Al acercarse la nocturna sombra,
Vaga el insecto volador, luciente...

La luz termina y el silencio reina.
Todo yace en quietud, mientras á lo lejos
La onda turbia las arenas peina,
De la luna á los pálidos reflejos.

Do quier la soledad muestra su imperio;
Y tras la pompa del ardiente día
Queda tan solo el plácido misterio
Que hace el encanto de la noche umbria.

Es la hora feliz de los amores.
De la ideal contemplacion divina,
En que el alma en delirios tentadores
Infinitos tesoros adivina.

Hora de paz, de mística bonanza
En que la luz de la ilusion nos guia,
Y se vive de gloria y esperanza,
Y el corazon, soñando, se estasia.

Es entonces que viene la memoria
De cuanto, inquietos, en el mundo amamos,
Y del amor en la secreta historia
Todo un cielo de dichas encontramos.

Es por eso mi bien que hora por hora
Gozo en la noche y con tu sombra vivo,
Y en la tranquila soledad te adora
Mas mi ajitado corazon altivo.

Tú reinas siempre, Soledad amada (1)
De mi amor en el hondo santuario,
Y es tu imájen do quier acariciada,
El talisman de mi vivir precario.

Por tí voy de la vida el mar cruzando;
Por tí á la gloria sin cesar aspiro;
Si soy feliz tu inspiracion amando,
Tuyo será mi postrimer suspiro.

J. M. SAMPER.

Sueño.

Yo soñé cierto día
Que tú, Dorila hermosa,
Soñabas que eras mía;
Y aunque el alma angustiada
Se viste, al recordar, de oscuro manto,
Te contaré lo que pasó en la hojosa
Selva, y el dulce encanto
Del grato sueño de la edad dichosa.

Soñé, pues, que en la orilla,
Dormida te encontré, de un arroyuelo,
Y por no despertarte
Con sigilo, en el suelo
Puse yo mi rodilla,
Para más á mi grado contemplarte.
Y estando así, la luna
Rompiendo la lijera nubecilla
Estorbo á su brillar, de priesa vino,
Y celosa de verme allí á tu lado,
Con su luz importuna
Alumbró tu semblante peregrino.

Yo entonces presuroso,
Temiendo el despertar, todo temblando,
Tus manos, amoroso,
Decidíme á cojer, y por tu frente
VÍ pasar suavemente

El ala sonrosada
Del anjel del placer, que á amar provoca,
Y de tu linda boca
Mi nombre oí brotar lánguidamente.
Y al contemplar, mi bien, tus lábios rojos,
Y al ver, aunque dormidos,
Brillar, durmiendo, tus ardientes ojos,
Sin curar ¡ay placer! de mis sentidos,
Libre de temor vano
Un beso de pasión puse en tu mano.

Pero tú despertaste sonrojada,
Y toda te sentiste estremecida,
Y me miraste airada,
Y quisistes huir, mas en la huida,
Quedaste entre mis brazos enredada.

Después ¡oh dicha breve!
Cual blanquísima nieve
Que á los rayos de Febo se deshace;
O como sombra leve
Que vaga entre la bruma
De la noche nublosa,
Poniendo espanto á la niñez medrosa,
Y al brillar de la aurora
Como cosa de encanto se evapora;
Así tú, mi Dorila,
Apénas, en mis brazos,
Recibiste los rayos de mis ojos,
Y el volcánico ardor de mis abrazos,
Con cruel encantamiento,
De mí desapareciste en un momento.

Y yo triste vagando,
Sin saber donde voy por encontrarte,
Así, llenó de duelo,
Voy con todos hablando.
—Arjentado arroyuelo,
Que riegas cuidadoso

El alfombrado suelo,
Y mas que yo dichoso,
Le prestaste á Dorila tu ribera
Y el arrullo dulcísimo del agua,
Para que en tal manera
A tu orilla mejor el sueño fuera;
Regalado airecillo,
Hermano de la noche,
Que rizas suavemente
El cristal de la fuente,
Y que menos dañoso y mas sencillo,
A Dorila besastes en la frente;
Antojadiza luna,
Que en el campo testigo á los amores
Eres, y los ocultas
Ya en escondido tálamo de flores,
Ya en la márjen de límpida laguna,
Y que mas atrevida
Y ménos cuidadosa,
Acariciastes á Dorila hermosa;
Decid, decidme todos,
Airecillo, arroyuelo,
Y tú, luna tranquila,
¿Dónde está mi Dorila?

Mi Dorila, que es bella,
Mas que el ave pintada,
Mas que la clara estrella;
Su sonrisa es la Aurora
Que alegra el cielo y que los montes **dora**.
¡Cuántas veces Dorila,
Las gracias de su risa á la mañana
Prestóle, y mas galana
Con el adorno ajeno,
Asomóse la Aurora á la ventana;
Sus ojos son la luz del Medio-dia
Que el alma sol sereno,
En roja lluvia al Universo envia:
Su negra cabellera

Es el manto de sombra que la noche
Huyendo, en su carrera
Dejó olvidado, al distinguir el coche
Del monarca del día,
Que cierta madrugada la seguía.
Y si es noche mi bella,
Y es también medio-día, y es aurora,
Fuera el vivir sin ella
No vivir de la vida ni una hora.
Ay! decidme arroyuelo,
Airecillo sutil, luna tranquila,
¿Dónde está mi Dorila?

Y en vano, en vano el pecho se contrista:
Te busco con la vista;
Te llamo con la mano;
Ya observo el horizonte;
Ya corro por el monte;
Ya me paro en el llano;
Pero todo ¡ay dolor! todo es en vano.
Ay! que ya mi adorada
Robóle al campo juventud y vida;
Ay! que la deseada
Muerte, con honda herida,
Entró en mi pecho, y se quedó escondida

Y en esto desperté, que así soñaba
Cuando el astro del día
Magnífico en Oriente se mostraba,
Y no al pecho tornaba
El rayo halagador de la alegría;
Y vuelto ya á la fría
Vida de realidad en que me hallaba,
Al recordar el sueño doloroso
A la par que halagüeño,
Y al ver nublado el porvenir dudoso,
Esclamé: —Dulce dueño,
Será acaso verdad lo que fué sueño!

En una tempestad.

AL HURACAN.

Huracan! huracan! venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.
En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
Al toro no mirais? El suelo escarba
De insoportable ardor sus piés heridos
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!
Qué nubes! qué furor! el sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado solo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día. . . .
Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya . . . No le veis? cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso! . .
Jigante de los aires, te saludo! . .
En fiera confusion el viento ajita
Las orlas de tu parda vestidura
Ved! . . . en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte.
Oscuridad universal! . . . Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos ajitado! . . .
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brotó el rayo veloz, se precipita,
Hierre y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.
¿Qué rumor? ¿Es la lluvia? . . . Desatada
Cae á torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Do estais? . . . os busco en vano:
Desparecisteis La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracan y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! Cómo en tu seno
De tu solemne inspiracion henchido,
El mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Do está el alma cobarde
Que teme tu rujir? . . . Yo en tí me elevo . .
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

El Ruiseñor.

AL SR. D. JOSÉ SELGAS CON MOTIVO DE LA MUERTE
DE SUS HIJOS.

Temblando de casto amor
Un día el aura galana
Llevó á una tierra lejana
Los cantos de un Ruiseñor.

Allí una ave muy oscura,
Escuchando esos cantares,
Sufria con sus pesares,
Gozaba con su ventura.

Y hasta sus propios dolores
Olvidaba en su contento,
Por escuchar el acento
De aquel cantor de las flores.

Despues con fiero rujido
Los huracanes bramaron,
Y al ave oscura arrojaron
De su humilde, caro nido.

Y atravesando los mares,
Herida acaso de muerte,
La trajo un día su suerte
A orillas del Manzanares.

Allí á su cantor buscaba,
Para escucharle mejor;
¡Pero el pobre Ruiseñor
En vez de cantar lloraba!

Porque del nido de flores
Que formaba con afán,
Le arrebató el huracan
El fruto de sus amores.

Y era su dolor tan santo,
Tan justo, tan sin consuelo,
Que el ave oscura en su duelo
Hasta le ocultó su llanto.

Y no sabiendo cantar
Le dijo al aura mas pura:
“¡Decidle que en su amargura
Yo le acompaño á llorar!”

GUILLELMO BLEST GANA.

A Pirra,

TRADUCCION LIBRE DE HORACIO.

¡Quién es ¡oh Pirra! el doncel
Que entre perfumes y flores
Te dice blandos amores
En la gruta del verjel?

A quién con nardos y rosas
Tejes el blondo cabello?
En qué nueva faz el sello
Del ardiente lábio posas?

Cuántas veces inocente
Ese que en tu fé confía,
Llorará la boca impía
Que ora acaricia su frente!

Hoy se goza en la beldad
Que tanta dicha le ofrece,
En la calma se adormece
Sin temer la tempestad.

En plácido mar navega,
El aura su bien halaga
Y al soplo del aura vaga
La blanca vela despliega.

Pobre niño que no sabe
Cómo se torna improvisa,
En huracan esa brisa
Agora mansa y suave!

En breve el dormido mar
Alzarse verá tremendo,
Turbias, henchidas, hirviendo,
Las olas verá rodar.

Yo la tormenta pasé,
Testigo el muro sagrado
En que el vestido mojado
Al Dios del mar dediqué.

JOSÉ BATRAS Y MONTÚFAR

A Florencio Varela.

EN LA MUERTE DE SU HERMANO RUFINO.

.

Florencio amigo que de tiernos años
Amar me hiciste la virtud austera,
Y acá en mi mente derramaste ansioso
Blandas ideas:

¿Do están los días que á tu lado viste
Crecer en ciencia á tu infeliz hermano,
Y ser del pobre perseguido, inerme,
Público amparo?

Ese demonio que persigue al jenio
Hasta exhalar el postrimer suspiro,
Con yerta mano le arrojó á la tumba,
¡Mísero amigo!

¡Morir lejano de la triste madre
Pasado el pecho de enemigo acero,
Sin que uno solo por su vida alzase
Férvido ruego!

¡Ay del que mira sin horrar la sangre!
¡Ay del que rie del ajeno llanto,
Y vé sin pena que el sepulcro encierre
Jóven lozano!

¿No fuimos todos para amor formados?
¿No somos todos del eterno hechura?
¡Maldito el hombre que sus santas leyes
 Bárbaro burla!

Deja, Florencio, que el instable vulgo
De amor el alma y de piedad desnuda,
En vez de lloro con amargas hieles
 Riegue esa tumba.

En tanto al cielo subirán mis preces
Por el amigo que perdí temprano,
A cuyo lado deslizarse viste,
 Tristes mis años;

Y en esas horas en que el hombre cuenta
Cuantos objetos estimó en la vida,
Rufino siempre arrancará á mis ojos
 Lágrimas pias.

ADOLFO BERRO.

El poeta enfermo.

El sol fulgente de mis bellos días,
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frágil vida
 Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace moribunda y triste.
Y el sacro fuego, inspiracion divina,
 Devora mi alma.

●

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo sin que el canto escelso,
Eco sublime de mi dulce lira,
Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas
Me prometieron, y guirnalda bella
A la sien tierna de la patria mia
Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta,
Con mano impia, los frondosos ramos;
Que el frio soplo de dolencia infausta
Hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos
Mi alma era un tiempo, que al activo soplo
De las pasiones, exhalaba ardiente
Voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego
Ardia al punto, el universo un himno
Era para ella, de armonias puras
Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa:
Anjel de muerte, de mi lira en torno
Mueve sus alas y suspira solo
Fúnebre canto.

Adios por siempre aspiraciones vanas,
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adios, del mundo lisonjeras glorias
Deleites vanos.

Como la lumbre de meteoro errante,
Como el son dulce de armoniosa lira;
Así la llama que mi vida alienta
Veo extinguirse.

Adios morada de tiniebla y llanto,
Tierra infeliz que la virtud repeles,
Y desconoces insensata al jenio
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura
Se halló oprimida; peregrino, ignoto,
Por tí he pasado y sin pesar ninguno
De tí me alejo.

Lira enlutada, melodiosa entona
Funeral canto; acompañadla gratas
Musas divinas; mi postrer suspiro
Un himno sea.

ESTEVAN ECHEVERRÍA

A Heredia.

(SONETO IMPROVISADO.)

Por la mente de Dios cruzó la idea
De formar un poeta americano,
Y al saber el secreto soberano
Los ángeles dijeron: "Así sea."
—"Para el *jenio* feliz que *canta y crea*
Hecho está ya por mi suprema mano
Cuánto puede inspirar al *jenio* humano:
¿Qué hará que el bardo con asombro vea?"
Clamó—y gigante y de grandeza lleno
El Niágara brotó bajo su planta
Con ronco estruendo murmurando un nombre:
Quiso dar fin á maravilla tanta,
del torrente dominando el seno,
Dijo á Heredia inmortal: "Tu eres el hombre!"

FELIPE LOPEZ DE BRÍÑAS

Canciones.

Melodía sonora e concertada.
Suave a letra, angélica a sonda

CAMŌES.

I. LA AUSENCIA.

—
Fuése el hechizo
Del alma mia,
Y mi alegría
Se fué tambien:
En un instante
Todo he perdido,
¿Dónde te has ido
Mi amado bien?

—
Cubrióse todo
De oscuro velo,
El bello cielo,
Que me alumbró;
Y el astro hermoso
De mi destino,
En su camino
Se oscureció.

—
Perdió su hechizo
La melodía,
Que apetecía

—
Mi corazón.
Fúnebre canto
Solo serena
La esquiva pena
De mi pasión.

—
Do quiera llevo
Mis tristes ojos,
Hallo despojos
Del dulce amor;
Do quier vestijos
De fugaz gloria,
Cuya memoria
Me dá dolor.

—
Vuelve á mis brazos
Querido dueño,
Sol halagüeño
Me alumbrará:
Vuelve; tu vista,
Que todo alegra,
Mi noche negra
Disipará.

II.

LA DIAMELA.

—
Díome un día una bella porteña,
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos,
Incapaces de engaño y doblez.

—
En silencio y absorto toméla
Como don misterioso del cielo,
Que algun ángel de amor y consuelo
Me viniese, durmiendo, á ofrecer;
En mi seno inflamado guardéla,
Con el suyo mezclando mi aliento,
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

—
Desde entonces, do quiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y á su lado una imájen hermosa
Cuya frente respira candor;
Desde entonces por ella suspiro,
Rindo el pecho inconstante á su halago,
Con su aroma inefable me embriago,
A ella sola consagro mi amor.

III. •

A UNA LÁGRIMA.

—
Si la májia del arte
Cristalizar pudiera,
Esa gota lijera
De oríjen celestial;

En la mas noble parte
Del pecho la pondria:
Ningun tesoro habria
En todo el orbe igual.

Por ella amor se inflama,
Por ella amor suspira,
Ella á la par inspira
Ternura y compasion:
Su luz es como ilama
Del cielo desprendida,
Que infunde al mármol vida,
Penetra el corazon.

¡Quién mira indiferente
La lágrima preciosa,
Que vierte jenerosa
La sensibilidad!
Su brillo, trasparente
Del alma el fondo deja,
Y hasta el matiz refleja
De la felicidad.

Permite que recoja
Esa preciosa perla;
Los ánjeles al verla
Mi dicha envidiarán:
Amor en su congoja,
Para calmar enojos,
En tus divinos ojos
Puso ese talisman.

IV.

EL DESAMOR.

Acongojada mi alma
Dia y noche delira,
El corazon suspira
Por ilusorio bien;

Mas las horas fugaces
Pasau en raudo velo.
Sin que ningun consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre
Sutil, ardiente llama,
Que sin cesar me inflama,
Y llena de dolor.
Pero una voz secreta
Me dice: infortunada!
Vivirás condenada
A eterno desamor.

Como muere la autorcha
Escasa de alimento,
Así morir me sienta
En mi temprano albor:
Ningun soplo benigno
Da vigor á mi vida,
Pues vivo sumerjida
En triste desamor.

Como fátuo destello
Que brilla y se evapora,
Se desipó en su aurora
El astro de mi amor:
Fuése con él mi dicha,
Fuése con él mi calma;
Quedóle solo á mi alma
Perpetuo desamor.

V.

LA AROMA.

Flor dorada que entre espinas
Tienes trono misterioso,
¡Cuánto sueño delicioso
Tú me inspiras á la vez!

En tí veo yo la imájen
De la hermosa que me hechiza,
Y mi afecto tiraniza,
Con halago y esquivéz.

El espíritu oloroso
Con que llenas el ambiente,
Me penetra suavemente
Como el fuego del amor;
Y rendido á los encantos
De amoroso devaneo,
Un instante apurar creo,
De sus lábios el dulzor.

Si te pone ella en su seno,
Que á las flores nunca esquiva,
O te mezcla pensativa
Con el cándido azahar;
Tu fragancia llega al alma
Como bálsamo divino,
Y yo entonces me imagino
Ser dichoso con amar.

VI.

SERENATA.

Al bien que idolatro busco
Desvelado noche y día,
Y la esperanza me lleva
Tras su imájen fujitiva,
Prometiéndome engaños
Felicidades y dichas:
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

Sobre el universo en calma
Reina la noche sombría,

Y las estrellas flamantes
En el firmamento brillan:
Todo reposa en la tierra
Solo vela el alma mía.
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

Como el ciervo enamorado
Busca la cierva querida
Que de sus halagos huye
Desapiadada y esquiva;
Así yo corro afanoso
En pos del bien de mi vida.
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

El contento me robaste
Con tu encantadora vista,
Y sin quererlo te hiciste
De un inocente homicida:
Vuélvele la paz al menos
Con tu halagüeña sonrisa.
Anjel tutelar que guardas
Su feliz sueño, decidla,
Las amorosas endechas
Que mi guitarra suspira.

VII.

LA LÁGRIMA.

Enjuga, enjuga esa preciosa perla
Que para herir cristalizó el amor:
Ella deslumbra el corazón que al verla
Hierve de nuevo en criminal ardor.

No venga, no, de tus hermosos ojos
Astro de vida el brillo á oscurecer;
No venga infausta á presajiar enojos,
Ni amortiguar tu bello rosicler.

Chispa divina del sagrado fuego
Que infundió á tu alma celestial piedad
Ella es, y deja al desdichado ciego
Que vaga envuelto en triste oscuridad.

¿Por que llorar? de las pasiones fieras
Tú no has sentido el devorante ardor;
Siempre te halagan auras lisonjeras,
Nunca te asalta el frígido escozor.

¿Por qué llorar? un misterioso velo
Te encubre aún arcanos del vivir;
Tu alma es mas pura que la luz del cielo,
Todo á tu anhelo miras sonreir.

¿Por qué llorar? impresa en la memoria
No llevas, no, la sombra del pesar;
Gozas de un ángel la inefable gloria,
Tu sueño guarda un ángel tutelar.

Mas ay! que veo tu pupila ardiente
Toda anegada en lloro virjinal;
Mas ay! que asoma en tu lozana frente
Del infortunio el precursor fatal.

Dále á mi mano el enjugar tus ojos;
Mas ah! que vierten fuego abrasador;
Y yo insensato, para mas enojos,
Ni llorar puedo ni sentir amor.

A mi esposa en sus días.

Oh! cuán puro y sereno
Despunta el sol en el dichoso día
Que te miró nacer, Esposa mía!
Héme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
Objeto de mi amor y mi tesoro,
Con qué afectuosa devoción te adoro,
Y te consagro mi alma enternecida!

Si la inquietud ansiosa me atormenta,
Al mirarte recobro
Gozo, serenidad, luz y ventura;
Y en apacibles lazos
Feliz olvido en tus amantes brazos
De mi poder funesto la amargura.

Tú eres mi ángel de consuelo
Y tu celestial mirada
Tiene en mi alma enajenada
Inexplicable poder.

Como el iris en el cielo
La fiera tormenta calma,
Tus ojos bellos del alma
Disipan el padecer.

Y, cómo no lo hicieran
Cuando en sus rayos lánguidos respiran
Inocencia y amor? Quieran los cielos
Que tu día feliz siempre nos luzca
De ventura y de paz, y nunca turben
Nuestra plácida union los torpes celos.
Esposa la mas fiel y mas querida,
Siempre nos amaremos,
Y uno en otro apoyado, pasaremos
El espeso desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,
Mientras nuestro pecho aliente;
Pasará la edad ardiente,
Sin que pase nuestro amor. . . .

JOSÉ MARIA HEREDIA.

Al cometa de 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envia?
Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?
Cuál es tu orijen, astro pavoroso?
El sábio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y mas allá del invisible Urano,
Ve abismarse tu carro misterioso:

¿El influjo del sol allá te alcanza,
O una funesta rebelion te lanza,
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
Ningun sistema habitas,
Y tan cerca del sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atraccion ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiera tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo, al contemplarte, ledo
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejas impresion profunda:
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes dias,
A mi ajitada mente parecias
Un volcan en el cielo.

El ángel silencioso
Que hora inocente direccion te inspira,
Se armará del Señor con la palabra
Cuando del libro del Destino se abra
La pájina sangrienta de su ira;
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo,
Y escombros abrasados
De mundos destruidos
Llevarán el terror á otro sistema! . . .
Tente, Musa, respeta el velo oscuro

Con que de Dios lá majestad suprema,
Envuelve la rejion de lo futuro:
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
Al Hacedor magnifico revela.

JOSÉ MARIA HERRERA.

Las Animas.

—Madre tocan á la queda
—Eleva, hija, tu oracion
Que la voz de la inocencia
Oye cariñoso Dios.
Ruega por los que padecen
En honda tribulacion;
Ruega por los que en el mundo
Vierten llanto de dolor.
—Madre, es verdad que las almas
De las que mueren de amor
(Flores que deshoja el cierz) o
Vagan de lá noche en pos
Y velan por el ingrato
Que engañó su corazon?
Ah! si es verdad, madre mia,
Tambien morir quiero yo.
—No acaricies pobre niña,
Tan fantástica ilusion....
Los amores de la tierra
No llegan al cielo, nó!

RICARDO PALMA.

Soneto.

A NUESTRO S. J. C. EN SUS TRES CAIDAS.

Dolorca nostros ipse portavit

ISAI C. LIII, V. 4.

El mismo en cuyo brazo omnipotente,
El ancho mar, el cielo dilatado,
La vasta tierra, y todo lo criado
Se mantiene seguro y permanente:

El *Hombre* Dios, al peso solamente
De este leño, figura del pecado,
Tres veces en la tierra derribado
Es la mofa de un pueblo irreverente.

De esta suerte camina: y cuando asombre
El lugar afrentoso donde espera
Ultrajes viles á su santo nombre,

Apagando la luz que aun reverbera
En su divino sol, menos el hombre,
Le llorará naturaleza entera.

FR. JOSÉ M. M. DE NAVARRETE

La noche.

El ángel de la tarde en la pradera
Con un beso de amor durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le rindieron su cántiga postrera.

Huyó la luz . . . las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Vertiendo sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz . . . sobre sus blancas huellas
El ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco torbellino,
Cuando empiezas, ¡oh noche! tu camino,
Te rinden su selvático homenaje.

ABIGAIL LOZANO.

A mi querida.

Ven, dulce amiga, que tu amor imploro:
Luzca en tus ojos esplendor sereno,
Mientras descende en ondas á tu seno
De tus cabellos fúljidos el oro.

Oh mi único placer! oh mi tesoro!
Cóm o de gloria y de ternura lleno,
Estático te escucho y me enajeno
En la arjentada voz de la que adoro!

Oh llégate á mi pecho apasionado:
Ven hija celestial de los amores,
Descansa aquí donde tu amor se anida.
Oh! nunca te separes de mi lado,
Y ante mis pasos, de inocentes flores
Riega la senda fácil de la vida.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

Ultimo adios a Buenos Aires.

SONETO.

Dejando en pos su manto de escarlata
El astro rey desde el cenit descende,
Y hacia la parte do los rayos tiende
Triste la vista su mirar dilata.

En tanto mi alma su dolor desata*
En mustios ayes, si las ondas hiende
Rauda la nave que ya el sur desprende
De los confines del undoso Plata.

Adios! . . . de nuevo, Buenos Aires bella:
Adios! . . . ó tierra de mi amor;— nodriza
Del tierno infante que á tus playas vino:

Jiniendo aparto de tu hogar mi huella,
Mientras sus flancos sobrè el mar desliza
La barca, el viento conque se hincha el lino.

RICARDO BUSTAMANTE.

Despedida—A mi madre.

(SONETO.)

Si la suerte fatal que me ha cabido,
Y el triste fin de mi sangrienta historia,
Al salir de esta vida transitoria
Deja tu corazon de muerte herido;
Baste de llanto: el ánimo aflijido
Recobre su inquietud: moro en la gloria,
Y mi plácida lira á tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.

Sonido melodioso, dulce, santo,
Glorioso, espiritual, puro, divino,
Inocente, espontáneo como el llanto.
Que vertiera al nacer. . . Ya el cuello inclino:
Ya de la relijion me cubre el manto
¡Adios, mi madre! . . Adios! . . . —El Peregrino

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDEZ.

Plegaria—A Dios.

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calunnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio:
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, jiro al aire, al norte yelos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos. . . todo fenecer
O se reanima á vuestra voz sagrada,
Fuera de vos, señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé al través de mi cuerpo el alma mia
Cual del aire á la clara transparencia;
Estorbad que humillada la inocencia,
Bata sus palmas la calunnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,

Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia;
Suene tu voz y acabe mi existencia;
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDRE.

En la capilla de Santa Isabel, á la una de la noche del 2.^o de
junio de 1844.

Ayes del corazón.

¿No recuerdas, hermosa, aquel día
Que opaca se hundiera la lumbre del sol,
En que apenas el ruido se oía.

Del mar que las playas azota feroz?

Aquel día solemne y sombrío
Que el santo aparato del templo alumbró,
En que el pueblo con paso tardío
Cruzaba las calles en pos de su Dios?

Aquel día que un hombre leyera,
Del Gólgota santo la historia inmortal;
Y en sus místicas hojas virtiera
Seráfico llanto su fé celestial?

No recuerdas que entonces del duelo
Mi tímida vista por tí levanté,
Y mintiendo tus formas un cielo
De Dios olvidado no tuve mas fé?

Que frenético quise en tu frente
Con labio sacrílego un beso posar,
Y en amor abrasada la mente,
Tú fuiste mi Dios, tu planta mi altar.

Si te acuerdas, olvida esa historia
Que en hora siniestra forjamos los dos
Y que en vez de halagar la memoria
Del pecho me arranca mil ayes feroz.

Yo tal vez en incógnito soto.
Mi fuego sacrílego errante espiaré,
O en un campo desierto y remoto
La mísera angustia del pecho ahogaré;
Podré acaso en la sombra campestre,
Tu nombre en los cantos de un pájaro oír,
Y á su trova sonora y silvestre
Con él mi quebranto de amor confundir.
Podré al lado de arroyo escondido
Mi llanto á sus aguas desiertas mezclar;
Podré enviarte en el aura un jemido,
Jemido que nunca podrás escuchar.

Aunque se alce convulsa en el alma
Del pecho cuitado la antigua pasion,
Cual á veces serena la palma
Se mueve al impulso del rudo alquilon,
Impasible veré yo al destino
La cifra de sangre marcar para mí,
Solitario cruzando el camino
Dó blanca y risueña, señora, te ví.
Senda estéril que solo tñ hechizo
Magnético pudo su orilla esmaltar,
Cuando iluso mentí un paraiso
Que nunca he podido, señora, alcanzar,
Un Edén que á tu májico acento
Se alzó perfumado delante de mí,
Y hoy deshecho en los brazos del viento
Despierto medito, que entonces dormí,
Que tan solo me queda en la mente
Marcada la huella de aquella vision,
Y el dolor asomado en la frente
Que turba á deshora mi casta oracion,

Mas oyc. Solitaria en la llanura
Llorar una paloma escuché yo;
Si era de amor su triste desventura
Yo no la comprendí, señora; no.
Si era la lobreguez de su retiro

La que quiso en sus penas desahogar,
Yo no lo sé, porque tambien suspiro,
Y el mundo no comprende mi pesar.

Porque tambien como ella vivo triste
Sin una voz que endulce mi aficcion,
Que esa pasion que el alma no resiste
Es un volcan que abrasa el corazon.

Es un volcan que en hora infortunada
Vino en mi mal fatídico á lucir.

Es un volcan que al alma aletargada
Mintió de gloria un rico porvenir.

Y solo cuando asome al cuerpo mio
La amarillenta tinta sepulcral,
Podrá morir su resplándor sombrío
Sobre el aciago velo funeral.

Entonces si á la orilla de mi losa
Late de algún mortal el corazon,
Allí mi sombra le dará piadosa,
Si adora á la mujer, triste leccion.

¿De qué me sirve amar y ser amado
Si huye de mí fastástico el placer?
De qué tener un pecho enamorado
Que espera un porvenir que no ha de ver?

Si cuando ansiada brilla la bonanza
En el rebelde mar de mi pasion,
Se pierde en sus llanuras mi esperanza
Y solitario jime el corazon?

.....

Oye otra vez, señora. En tu memoria
No guardes mas mi nombre. . . . por piedad!
No mas amor. . . . Si quieres otra historia
Delinearé el pincel la de amistad.

Oh! déjame olvidado á la ribera
De ese desnudo llano en que te hallé.
Déjame. . . . y ni una lágrima siquiera
Viertas al recordar que yo te amé.

Porque acaso, mi bien, tu mente ignora
Cuánto pesa una lágrima de amor!
Cuánto en el pecho nuestra paz devora

Al rodar silenciosa al corazón.

Tú no sabes, señora, la amargura
Que un recuerdo de amor nos dá á probar,
Tú no sabes tal vez la desventura
Del que tiene placeres que llorar.

Oh! déjame volver á ese camino
De donde tu hermosura me desvió,
Sendero tenebroso que el destino
Con implacable mano me trazó.

Déjame devorar el signo amargo
Que en la cuna me dieron al nacer,
Que de la muerte el funeral letargo
Muy pronto concluirá mi padecer.

Y si aun te agobia entonces mi memoria
Clava sobre mi lápida una cruz,
Que ella será la ofrenda meritoria
Que tus manos darán á mi ataud:

Insignia misteriosa y elocuente,
Jeroglífico mundo del *no ser*,
Cifra que dice al mísero viviente
“Aquí no hay porvenir; solo hay ayer.”

Déjame delirar, ánjel hermoso,
Llena el alma de engaño y de ilusion,
Que proscripto en un mundo mentiroso
Es forzoso vivir de su ficcion.

Y si ese cruel escarnio, esa mentira
Es lo que aquí llamamos realidad,
Yo quiero al son de mi cansada lira
Solo llorar mi negra soledad.

Quiero que iluso el corazón delire
Y adore sus fantasmas y oropel;
Quiero que el alma lánguida suspire
Y sueñe alegre aplausos y laurel.

Mas . . . no, mi hermosa . . . A alzar un paraíso,
Donde sin tí el infierno solo ví,
Ven, y á jurar de nuevo si es preciso,
A quel amor que ponderar te oí.

Tú le darás colores á mi pluma
Con que pintar el fuego de los dos,

Que en ese seno de nevada espuma
Mansos cantares háy para mi voz.

No me olvides. . . ah! . . . no . . . Quiero a abrazarte
Lleno de amor y fuego el corazon.
Ya no quiero morir. . . Solo adorarte
Y en tus lábios beber la inspiracion.

ABIGAIL LOZANO.

A la muerte.

En vano, cruda muerte,
En mí tu saña apuras:
Si están mis manos puras
¿Qué mal podré temer?

La llama que á mi mente
Dió un dia el alto cielo
No esperes en el suelo
Tirana oscurecer.

El présago sonido
Que exhalas de tu boca,
Espante al que provoca
La lid de maldicion.

Espante al que su patria
Sujeta á vil coyunda,
Y en crímenes se inunda
De atroz recordacion.

Espante al que seduce
La cándida belleza,

Y en llanto é impureza
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano
Conduce en cautiverio,
O lleva el adulterio
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo
Las leyes á porfía,
Si odié la tiranía
Y al hombre desleal:

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura:
Si en mí la desventura
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sangrienta muerte,
Tu saña me persigue?
El que inocente vive
¿Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente
Dió un día el alto cielo
No esperes en el suelo
Tirana oscurecer.

ADOLFO BERRO.

El pensamiento.

Yo soy una flor oscura
De fragancia y hermosura
Despojada;
Flor sin ningun atractivo
Que solo un instante vivo
Acongojada.

Nací bajo mala estrella,
Pero me miró una bella
Enamorada,
Y me llamó pensamiento,
Y fuí desde aquel momento
Flor preciada.

No descuello en los jardines
Como los albos jazmines
O las rosas;
Pero me buscan y admiran,
Me contemplan y suspiran.
Las hermosas.

Si me mira algun ausente,
Que de amor la pena siente,
Cobra vida;
Y es feliz imaginando
Que en él estará pensando
Su querida.

Yo soy grata mensajera,
Que bajo forma hechicera
 Voy volando,
A llevar nuevas de dicha,
Al que vive en la desdicha
 Suspirando.

Símbolo del pensamiento,
Del amor y el sentimiento,
 Mi destino
Es deleitar al que adora,
Y consolar al que llora
 Peregrino.

ESTEVAN ECHEVERRIA

El Anjel Caído.

PRIMERA PARTE.

Fragments.

¿Qué haces aquí tan léjos de tu cielo?
En este valle de miseria y duelo,
 ¿Qué buscas Serafin?
Por qué entre los mortales peregrinas?
No temes que se roce en las espinas
Tu túnica mas blanca que él jazmin?

¿Te desterró el Señor ó simpatia
Sentiste alguna vez por la agonía
 Del humano dolor?
O viniste de algun predestinado

A sublimar la vida y su pecado
Lavar con las purezas de tu amor?

Bien venido serás, huésped divino,
Si á realizar benéfico destino
El cielo te envió aquí;
Pero temo que aliento de impureza
Llegue á empañar la anjélica belleza
Que resplandece en tí.

¿Qué te importan arcanos de la vida?
Mejor seria, si, que desprendida
De esta rejion mortal
A la tuya de luz te sublimases,
Y desde allá benigna nos enviases
Consuelo divinal.

No crecen no las peregrinas flores
De tus santos y púdicos amores
En terrenal jardin;
Ni te van bien percederas galas;
Sacude el polvo de tus ricas galas
Y vete Serafin.

Puro como viniste alza tu vuelo
Y llévame contigo hasta ese cielo
Donde brilla tu trono de carmin;
Pasear quisiera las etéreas salas:
Llévame Serafin sobre tus alas,
Llévame Serafin.

El rumor de la tierra me molesta
Y el aire suyo respirar me cuesta,
Anhelo ver espacios sin confin
Y bañarme en la lumbre que tú exhalas:
Llévame Serafin sobre tus alas,
Llévame Serafin.

Se gozarán perpetuas alegrías
Y se oirán inefables armonías
Allá donde velado el Querubin
Se ostenta de esplendores que no igualas:
Llévame Serafin sobre tus alas,
Llévame Serafin.

Y dudas no habrá allí ni desengaños
Y el amor será eterno y sin engaños
Y el deleite y el bien no tendrá fin
Como este que tú mundo nos regalas:
Llévame Serafin sobre tus alas,
Llévame Serafin.

Y el espíritu allá vasto y profundo
Palpará vivo el universo-mundo,
Comprenderá sus leyes y su fin,
Rodeado de la pompa de sus galas:
Llévame Serafin sobre tus alas,
Llévame Serafin.

Pero ah! te ha divinizado
La ilusion de mi deseo;
Eres hija del pecado
Solo hechura terrenal;
Aunque en tu forma tan bella,
Con designio que no alcanzo,
Sin duda viva centella,
Puso Dios anjelical.

Y tu cerebro de carne
Apetitos y pasiones,
Mundanales afecciones
Debe como tal sentir;
Y sintiendo tú la vida
Rebosar en tus entrañas
Querrás como copa henchida
Verterla en otra, y vivir.

**Vivir simpática vida
Como las demas criaturas
Y paladear las dulzuras,
Los sinsabores tambien,
Vivir de la vida doble
Del espíritu y la carne,
Como la criatura noble
Del mal probando y del bien.**

**Vivir, sí, y vivir es bello,
Sentir el humano gozo
El mundanal alborozo,
El tumulto y el afan;
Y la risa y los dolores
Las pasiones y esperanzas,
El deleite y los amores
Que los demas sentirán.**

**Vivir sí, y vivir es grato
Cuando vírjen todavia,
Lleno de fé y simpatia,
Late ardiente el corazon;
Cuando ilusos caminamos,
Inmortales nos creemos,
Y como reyes tomamos
De la tierra posesion.**

**Cuando á la natura abrimos
El sentido aletargado
Y el dulce sueño dormimos
De la fugaz juventud;
Cuando el deseo es indómito
Y la pasion devorante,
Y la voluntad jigante
Tiene májica virtud.**

**Cuando racional conciencia
De la vida no tenemos
Ni la luz de la esperiencia**

Nunca nos mostró lo que *es*;
Y en nuestro candor sencillo
Ciegos nos lanzamos y ágiles
Como él fogoso potrillo
Del verde campo al traves.

Y por la senda mas breve
Buscamos el bello enigma,
Lo que *es* por lo que *ser debe*,
O nos revela el *sentir*;
Y á cada paso que damos
Un escollo ó un abismo,
Un desengaño encontramos
Que nos hace maldecir.

Porque hay entre lo que *anida*
O siente vírjen el alma
Y lo que enseña la vida
Perpetua contradiccion;
Lucha horrible que desgarrar
Confunde, irrita, atormenta,
Lucha que imbécil fomenta
La estraviada educacion.

Pero si tú, ángel sublime
De mis raptos inocentes,
Tan temprano voráz sientes
El deseo de vivir;
Si al empezar el camino
Tan jóven, ah! temeraria
Saber quieres tu destino,
Sondar en tu porvenir;

Óyeme un momento; y ántes
De poner el pié atrevida
En el umbral de la vida,
Deten el paso por Dios;
No lleses nó todavia
Tu alma vírjen á ese teatro

Bello, que por ironía
Llaman mundo y es caos.

Detente, hoy cuentas quince años,
Deja correr sin medida
Para los otros la vida,
Déjalos gozar sin fin;
El saber de su experiencia
¿Qué te importa á tí tan jóven?
Guarda de ángel la inocencia,
Tu candor de Serafin.

Teatro es ese de comedia,
De risa, sarcasmo y burla,
De drama horrible y tragedia
Do reina el jenio del mal;
Babilonia, Pandemonio
Donde acuden figurantes
Con sus caras de demonio,
De ángel, tigre ó animal.

Y embrionarias ó de bulto
Vienen, van, suben, se arrastran
Luchan, hierven en tumulto
Con tremenda confusion;
Y donde actores y actrices,
Amos, siervos y lacayos
Son igualmente infelices,
Y no saben lo que son.

Donde se oyen maldiciones
Y blasfemias y jemidos,
Palmoteos y silbidos,
Vivas y mueras tambien,
Donde entre ayes que horripilan,
Troncos, sangrientos vampiros
Manos que sangre destilan,
Cráneos, puñales se ven.

Detente y mi voz escucha,
Mi voz amiga, y al mundo
Deja en la embriaguez y lucha
De su báquico festin.
¿Qué te importa á tí la ciencia
Que nos revela la vida?
Guarda, vírjen, tu inocencia.
Tu candor de Serafin.

Guárdalo sí, y en las horas
En que mi alma ilusa sueña,
Ven tú, cándida halagüeña
A alimentar mi ilusion;
Ven á reanimar mi vida.
Mi fé y esperanza muerta,
A dar bálsamo á una herida
Que sangra en mi corazon.

Ven á inspirar á mi mente
Santos, sublimes ardores,
Y á mi pincel los colores
De inspiracion ideal;
Ven que ya negro sudario
Prenda, regalo del mundo
Cubre á mi alma, y solitario
Lucha con jénio infernal.

ESTEVAN ECHEVERRÍA.

Mi promesa.

Anjel de Dio.....
S'io non merito perdono á tante offese
Mira che proprio è a noi peccar sovente
A voi perdonar sempre a chi se pente.

Ariosto.

Del abierto bajel la rota quilla
Consagra al cielo el triste naufragante;
Que la furia del piélago espumante
Logró evitar en la cercana orilla.

Del Hado injusto embota la cuchilla,
Sostén, Señor, mi fuerza vacilante;
Te ofrece tuya ser en adelante,
Esta alma que el dolor hoy amancilla.

Ya no será mi corazon despojos,
Ingrato Amor, de tu mentido encanto,
Fosfórica vision de barro inmundo;

El llanto que derramen estos ojos
Solo al pie correrá del leño santo,
En que espirára el Salvador del Mundo.

J. RIVERA INDARTE.

La pesca.

Corre por esta márjen cenagosa
Un arroyuelo sin bramar ni saña:
Puebla su cance la flexible caña,
Borda su orilla la fragante rosa.

Como ninguna mi guajira hermosa,
Sobre una peña que la linfa baña
Contra los peces con furor se ensaña,
La mano presta, la mirada ansiosa.

Salta alegre por fin, y delirante,
La cuerda tira con presteza suma
Saciar creyendo su traidor anhelo;

Y cuando fué á mirar el pez brillante
Que se ajitaba en la ruidosa espuma....
Halló mi corazon en el anzuelo!

JOAQUÍN LORENZO LUACES.

A...

Me han dicho que si cantas de tu alma envias
Un raudal infinito de melodías,
Mas si en no oír tu acento perdí un consuelo
Ví que en tus ojos llevas algo del cielo.

Apacibles del éter se ven los tules. . . .
Así son tus pupilas castas, azules.
Hay en ellas lo dulce de la paloma
Y lo grato del lírio que dá su aroma,
La pureza reflejan del firmamento,
Mundos de poesía, de sentimiento.
Si hoy en medio á tu dicha tus ojos pones
Tímidos, inocentes, en mis renglones;
Al saber que me agobia pena secreta
Habrá una perla en ellos para el poeta?

RICARDO PALMA.

A la libertad de la Grecia.

1827.

Se abrió á mi vista la remota historia,
Y en sus ricos anales
La ruina, los trastornos ó la gloria
De mil naciones admiré. Asombrado
Vi brillar en sus páginas de fuego
El nombre y las hazañas inmortales
Con que ilustró su edad el noble griego.
Allí á Leonidas contener miraba
El torrente impetuoso
Con que el altivo Persa se avanzaba
A buscar en Termópilas su ruina.
Allí ví de Temístocles alzado
El brazo poderoso,
Y en Platéa abatir y en Salamina
El terrible coloso
Con que Jérjes al mundo amenazaba.

¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía
Al ver tantas hazañas! Pero, abierta
Otra página aun mas luminosa,
De Licurgo y Solon veneré el nombre,
De Homero y de Demóstenes, dictando
Leyes que hicieran venturoso al hombre,
O en caudaloso metro celebrando
Las glorias de la Grecia, ó los derechos
Del ciudadano, en el senado augusto,
Con elocuencia varonil mostrando.
Allí en Aténas y en Esparta el templo
Miré, do florecían
Las ciencias y las artes, que de ejemplo
Alguna vez al mundo servirían,
Y de grandes modelos.—¡Gloria á Grecia!
Clamó mi labio, de entusiasmo lleno;
¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno!—
¿Mas Grecia donde está?—Tambien la historia
Los progresos fatales
De la ignorancia vil y el fanatismo
Rejistra con dolor en sus anales,
Y consagra llorando en la memoria
La esclavitud de un pueblo jeneroso,
Doblado bajo yugo ignominioso.
Mirad ¡ay! á la Grecia—De repente,
Desde el inculto fondo del desierto,
Lánzase á Europa el Arabe insolente,
Y en una mano el Alcoran abierto,
El hierro asolador con la otra esgrime;
Y en torrentes de sangre anuncia al hombre
La ley de Meca, y de Mahoma el nombre.
Europa toda amedrentada jime
Bajo aquel yugo estúpido y sangriento;
La peste se propaga, y en el Asia
El Novator feroz fija su asiento.
El Turco vagabundo en el instante
Ciego se postra ante el audaz profeta,
Y con ruda piedad intolerante,
La nueva ley que idólatra respeta

Con el hierro iracundo
Tambien anunció al azorado mundo.
La Grecia luego se ofreció á su vista,
Y á la Grecia voló: con torpe insulto
Las leyes de conquista
Feroz le impuso y profanó su culto.
¿Que valió resistir? Como las olas
Del Oceano sañoso,
Cuyo ímpetu la roca no quebranta,
Así lánzose el musulman furioso
Sobre el mísero griego;
Sejó la cimitarra su garganta,
Y su rica campaña asoló el fuego.
¡Y la Grecia es esclava!—¡Ay! ¿Qué se hicieron
Sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo
Apagarse la antorcha luminosa
Que aun hoy la senda del saber nos muestra;
La antorcha que en otra época dichosa,
Hizo á la Grecia universal maestra?
Todo, todo pasó. ¿Mas por ventura
La sangre que heredaron
Los hijos de Milciades y Leonidas,
Sin sublevarse de ira entre las venas
Consentirá la servidumbre dura?
¿Arrastrará por siempre las cadenas
Una Nacion que en perdurable gloria,
Recuerda en cada sitio una victoria,
Y en cada tumba un héroe? No.—Bramando
De indignacion, Botzáris se levanta;
¡Fuera tiranos! grita, y á su acento
Renace el valor griego en el momento,
Y la infame cadena se quebranta.
Y arde en furor el musulman entónces,
La Grecia inundan sus terribles haces,
Las campañas feraces
Retiemblan al estruendo de los bronce,
Y desastrosa guerra
Truena en los mares, cual tronó en la tierra.
¡Ay de la humanidad! La temblorosa

Ancianidad, el ternezuelo infante,
La inmaculada vírjen y la esposa
Envueltos caen al golpe fulminante
De la cuchilla idólatra: atronando
Pérfida mina estalla;
Y en escombros volando
La mísera ciudad, el Turco mira
Allanarse del muro la ancha valla,
Y del estrago con placer se admira.
¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado
Puede de un pueblo decretar la ruina,
La humillacion jamas, y el que con gloria
Entre escombros parece sepultado,
Para nunca morir vive en la historia,
Y deja al mundo de su fama lleno.
Así clamaba el desgraciado Heleno,
Y ardiendo se lanzaba
Tras el pendon de libertad glorioso,
Que en sus manos Botzárís tremolaba.
Aquí se estrella en la feroz falanje,
Y, si muere matando,
Cae con placer bajo el filoso alfanje.
Allí entre las murallas estrechado
Por el brutal Bajá, solo en la tierra
Lucha contra las plagas de la guerra.
Gran tiempo el muro á su defensa sirve;
Pero al golpe feroz y redoblado
Sucumbe Missolonghi contrastado.
¿Que importa? Se estrellaron, se rompieron
Bramando las lejiones otomanas;
Y si despues la fuerza y la fortuna
El laurel, no la gloria, les cedieron,
Sobre ruinas no mas, á sangre y fuego,
Logró Ibrahim plantar la media-luna,
Pero no al yugo sujetar un griego.
¡Loor á Missolonghi! Los valientes
Que en sus gloriosas ruinas perecieron
Piden venganza aun. Pero no en vano
La griega sangre se vertió á torrentes

En tan tremenda lid; tambien mezclada
A raudales hirvientas
Corrió sangre otomana en cien batallas;
Y tambien desolada
La orgullosa y feroz Constantinopla
Clamor de muerte en torno á sus murallas
Oyó vagar mil veces, y los lutos
Que entónces sus murallas revistieron
Digno holocausto para Grecia fueron.
Y mientras horrendo Marte
Siembra por todo el funeral estrago,
Y, al flamear de mortífero estandarte,
La ruina truenando se oyó el amago;
Mientras la humanidad despedazada
Alza el clamor á la celeste esfera,
Del Eterno implorando la clemencia;
¿Será que Europa entera
Tolerará con fría indiferencia
La desastrosa ruina
De los hijos de Esparta y Salamina?
¿No es que el caudal honroso
De luces, con que brilla el europeo,
Con empeño afanoso
Lo bebiera en las fuentes del Liceo?
¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos
Los sabios no pagaron
De alabanza el tributo respetuoso
A la nacion illustre que imitaron?
Todo, todo es verdad: ¿y cómo ahora
A la faz de la Europa en voz doliente
Favor la Grecia escarnecida implora
Y el escarnio de Grecia ella consiente?
¿Y siempre será así? No: que aun vivia,
Para honor de Inglaterra,
El hombre grande á quien el siglo llora,
Y llorarán los libres de la tierra;
El Ministro ilustrado, en cuya mano
El poder fué consuelo al oprimido
Y freno al opresor. ¡Eterna gloria,

Llanto sin fin á CANNING! Era digna,
Digna era de su nombre esclarecido
La jenerosa empresa
De proteger al griego desvalido.
El en su mente la abrigó primero,
Y si al bajar á la callada huesa
No la vió realizada,
Y no dejó la humanidad vengada,
Talvez á su llamado se formaba
Entonces ya la liga que algun dia
El Cielo en su justicia destinaba
A humillar de los Turcos la osadía.

Y este dia lució: que al fin sintieron
Los monarcas de Europa en sus oidos
Del oprimido griego los jemidos,
Y un freno al opresor poner quisieron.
Su voz,alzada entonces, preparaba
Una tregua al furor: el crudo acero,
Tras tantos años de combate fiero,
La primer vez entonces se envainaba;
Y, en la fé de la tregua reposando,
Crédulo el griego á descansar se daba.
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuándo, cuándo
La fé se alberga en los feroces pechos?
¿Cuándo de las naciones los derechos
Respetaron los bárbaros? Bramando
De furor, y sediento de matanza,
El idólatra aleve se abalanza
Sobre el tranquilo é indefenso griego;
El acero y el fuego
Propagan la cruel carniceria,
Y los montruos, con júbilo batiendo
Las manos todavia ensangrentadas,
Se aplauden de su infame alevosia.
Al escándalo horrible conmovida,
Estremecióse Europa, y al instante
Alzóse á la venganza apercebida.
Entonces vióse numerosa flota
Surcar el ancho mar, que, furibundo,

De las tres partes del antiguo mundo
Las altas costas bramador azota;
Y, sostenido el Dios por sus Tritones,
Alzó la frente desde la honda arena,
Por ver flamear al viento los pendones
Del Ruso habitador del yermo helado,
Del hijo audaz del Sena,
Y el Breton en los mares afamado.
Hélo al Turco á su vez. ¡Sombra terrible
Del marino de Albion! No se ha perdido
De tus heroicos hechos la memoria;
No se perdió el ejemplo de osadia
Que al mundo diste un dia,
Al sucumbir en Trafalgar con gloria.
Aun tienes sucesores, y el destino
La suerte de la Grecia hoy ha confiado
Al Jefe formidable
Que hará eterna su fama en Navarino.
¡Dia de destruccion! Rabia implacable
Las escuadras dirige: en un momento
Entre el humo y el fuego
Se envuelve todo en torbellino ciego:
La muerte por mil bocas arrojada
A ninguno respeta;
Abrese el mar al espantoso trueno,
Y sepulta las naves en su seno.
¡Allah! clamaba el hijo del Profeta;
¡Por los fieles Allah! pero era en vano,
Que el Cielo no responde á sus blasfemias,
Y da victoria al pabellon Cristiano.
¡Salud, nobles Helenos! Esa liga
Que en medio de la Europa se levanta,
Será el apoyo de la causa santa
Que sostuvisteis con tenaz fatiga.
¿Ni cómo abandonaros? ¡O en su boca
Suena de Dios el sacrosanto nombre
Solo para con él destruir al hombre,
Sin que brillen las armas en sus manos
Para librar del yugo de Mahoma

Una nacion de mártires Cristianos?
¡Ah! tal no puede ser: acaso en breve
Lucir veremos la feliz aurora
De vuestra libertad; y los desastres
Que la aflijida humanidad hoy llora
Cesarán para siempre. Pero en tanto
Sabed que hay, de este lado de los mares,
Una nacion que os apellida hermanos,
Donde la libertad tiene su templo,
Y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,
Sucumbir sin rendirse á los tiranos.

FLORENCIO VARELA.

Al poeta americano D. Guillermo Matta.

1862.

I.

Aguila audaz del cielo americano
Es, poeta, tu ardiente fantasía:
La Libertad tu mano
Sobre las cuerdas guia,
Y ella arranca á tu arpa la armonía.

Ardiente inspiracion te ha dado el cielo
Y una mision con ella;
No tras diáfano velo
El resplandor ocultes de tu estrella.
Deja á los cisnes de la vieja Europa
Vogar serenos en el patrío rio,
No en las aguas del Rhin llenes tu copa
Que tú tienes tu manso Biobio.

Ni sobre el cielo de la Italia estindas
Tus vigorosas alas,
Que la hija de Colon tiene mas prendas
Y mas hermosas galas.

¿Que te importan los Alpes y sus nieves,
Sus pinos y sus lagos,
Si tú en las aguas de los Andes bebes?
¿Son acaso mas grandes esos bosques
Que la mano del hombre ha cercenado,
Que las florestas virjenes
Donde el rayo tan solo ha penetrado?
Son acaso sus roncós huracanes
Mas imponentes, si se mueven guerra,
Que la rójia corona de volcanes
Que estremece la tierra?

Tu escelsa poesía
No es esa brisa errante
Halago de las flores,
Confidentá, talvez, de sus amores;
No es la sonrisa de la vírjen pura,
Ni el beso delicado
Que al despertar para su amante envía;
Ni tórtola que jime,
Ní fuente que murmura:
Es mas bello, mas grande, mas sublime.
Es la voz de la América inocente:
Ora es el manso ruido de las selvas,
Manso, pero imponente;
Oro del Amazonas y del Plata
El rodar majestuoso;
Ora la aterradora catarata
Del Niágara espumoso.

De sus bélicas tribus
Ora el canto de guerra,
Ora la voz del huracan que ruje
En la empinada sierra.

Cantor americano
A la América canta:
Canta las glorias y su causa santa.

II.

De en medio de los mares
Nació la indiana vírjen, coronada
De perlas y azahares.
Jigantes robles, cimbradoras palmas
Bellas flores sin cuento,
Bordan para ella perfumada alfombra.
Y espléndidas estrellas,
Tan claras como bellas,
Tachonan su azulado firmamento.
La libertad que un dia huyó de Grecia
Que las gradas bajó del Capítolio,
Que abandonó las selvas de la Helvecia,
En este nuevo Eden fijó su asiento;
Y habitó del torrente á las orillas
Entre sus tribus fieras y sencillas.
Al leve sòplo del lijero ambiente
En las blandas hamacas se mecía,
Y las agudas flechas dirijia.
Do quiera oyó cantares,
Do quiera tuvo altares,
Y por templo un inmenso continente.

La vírjen fué feliz; mas llegó un dia
De luto y de esterminio,
En que jimió de un rey bajo el dominio.
Los hombres del Oriente,
Que oráculos fatales anunciaron,
Llegaron ¡ay! llegaron,
Y en su seno inocente
Como lobos hambrientos se cebaron.

Rodó el tiempo: sufrió; mas ya cansada
Levantóse imponente

Y el poder de ese rey volvió á la nada!
Mil páginas de gloria
Brillaron en su historia;
Héroes tuvo sin cuento, no señores
Y de nuevo cantaron sus cantores.

Y tú uno de ellos tu destino cumple:
Cantor americano,
A la América canta:
Canta sus glorias y su causa santa.

III.

Resuene por los ámbitos tu acento,
Maldiga á los tiranos,
Y caiga gota á gota, cual veneno,
En su vendido corazon de cieno.
A las tribus indómitas despierta
Que armadas se levanten
Y una sola la idea
Y uno el peligro y la victoria séa!

Y que vengan entonces esos reyes,
Mengua del viejo mundo,
Y hallarán libertad y patriotismo,
Respeto por las leyes,
Y ódio para ellos y rencor profundo.

Inmenso es el abismo
Que á la Europa de América separa,
Y si en Europa el despotismo impera,
En la estension de América española
Reina la Democracia y reina sola.

Ebrio de gloria y ciego de avaricia
Sobre otro mundo en vano
El tercer Napoleon tiende la mano.
A otra lid se presenta,
¡Cuán temerario avanza!

Su cetro pesa mucho en la balanza,
Y ya pasó Magenta.

Tambien la madre patria lo acompaña,
¡Mucho es su celo y su valor es mucho!
Ay! infeliz de la cuitada España
Cuán pronto se ha olvidado de Ayacucho!
Siempre que sopla el viento
Mas bulliciosa es la flexible caña
Que el roble corpulento!

¡Pobres reyes! sus naves altaneras
Los mares barrerán con sus banderas,
Y en las vastas rejiones despobladas
Defendidas por héroes y tormentas,
Seran pasto de cuervos sus armadas
Y el viento esparcirá sus osamentas.

¡Pobres reyes! No hay tronos, no hay esclavos.
Solo hay inmensa tumba,
Para el que osado intente
Dar señores al nuevo continente!

La América no quiere mas armiño
Que el que admira en su blanca cordillera,
Ni mas corona que su sol ardiente:

Ni mas púrpura espera
Que el vespertino manto de Occidente
Que ondeando flota en su azulada esfera;
Ni obedece á mas reyes

Que al Dios de sus abuelos y á sus leyes!

Y antes que siervos á sus hijos vea
Llevar marcado el jeneroso pecho,
Vuelva mil veces al profundo oceano
Vuelva mil veces á su antiguo lecho!

Poéta americano,
Himno de libertad tu canto sea,
Y tanto vivirás como las grandes,
Escelsas cumbres de los pátrios Andes.

A la memoria de D. Andres Bello.

(FRAGMENTO.)

Felices los que entonces, sacros vates
Himnos de libertad cantar supieron!
Felices los que oyeron,
Entre alarmas y riesgos y combates,
Esa voz de la América oprimida,
De infame servidumbre redimida!
Tremenda voz de júbilo iracundo;
Glorioso despertar del Nuevo mundo,
Que estremeció en su cumbre al Chimborazo,
Que Junin y Ayacucho repitieron,
Que unió en un solo brazo,
Para una sola hazaña—
Rescatar á la América de España,
Vencer sus reyes y zapar sus tronos—
Indios y huasos, gauchos y colonos!
Qué alma no se conmueve
Y en bélico entusiasmo no se inspira?
BELLO imita á los héroes con su lira,
A lo que ellos se atreven él se atreve!
Y es la pluma su espada,
Y es su verso el vibrante
Rayo de su alma airada,
Que estalla en los espacios fulminante
Y á las rejias coronas anonada!

Que no era para él la poesía
La lengua artificiosa,
Que en cláusulas de dulce melodía
Regala nuestro oído, y vaporosa
Bullente espuma y enfermiza calma,
Nos deja en el cerebro y en el alma.
No era la musa clásica, indolente,
Que se mira en las aguas de una fuente,
Y viéndose tan bella
Ve tan solo su faz y adora en ella;
Ni la bacante impávida y robusta
Que saltando lasciva,
Al deseo fugaz tienta y esquiva
Y al métrico compas el paso ajusta.
Era una vírjen púdica y altiva
De la verdad sacerdotisa augusta,
De la virtud escelsa consejera,
De la eterna justicia lengua austera!
Era el sublime acento,
La espresion inmortal del pensamiento!
Era el alma de un pueblo, era la vida
En la vida creada
Y en jigantes estrofas esculpida
O en grandioso poema eternizada!

GUILLERMO MATA.

Anacreontica.

Mucho hay, niña, de falso,
Mucho la vista engaña:
Jamás en apariencias
Te aduermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
Mi cabellera cana,
No pienses que se ha helado
Como mi frente el alma.—
Tal en los altos Andes
Se extiende un mar de plata,
Que el hielo de la cima
Prolonga hasta la falda;
Pero arde allá en el centro
Un mar de fuego y lava:
Retiembla el monte, se abre
Paso la ardiente entraña,
Y luz esplendorosa
Hasta los cielos lanza.—
Yo así para cantarte
Tengo de fuego el alma.

HERMÓJENES IBISARRI.

Mi suerte.

**¡El pobre! al pobre menosprecia al mundo,
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad ó ceño furibundo,
Cual un favor le dan.**

**La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche, el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.**

**¡Oh verdes bosques, círculo del polo,
Montes, desiertos donde el rico va,
Mar insondable, eterno, inmenso, y solo,
El pobre no os verá!**

**¡Ah! en los ojos del pobre brota el lloro,
Y no enternece un solo corazón;
Que las lágrimas solo en copa de oro
Merecen compasión.**

**¡Vedlo! su pié la tierra triste pisa;
Todo en él nos revela el padecer;
Ojos sin luz y labios sin sonrisa,
Y vida sin placer.**

**Y empero el pobre tiene una esperanza
Que vale mas que el mundo y mundos dos;
Inmenso bien que el oro vil no alcanza;
—¡El pobre tiene á Dios!**

JOSÉ EUSEBIO CARO.

El Anjel Caído,

1.^ª PARTE.

SEGUNDO FRAGMENTO.

Anjel ayer, tu cielo rememora,
Hoy mujer infeliz tu culpa llora,
Solo dudas te guarda el porvenir;
Cediste á sus halagos y ya el mundo
De su deleite vano el fruto inmundo
Te regaló en la aurora del vivir.

Llora y maldice el alba de este dia
Que tu inocente pecho bendecia
Cuando casto latiera y virjinal;
Porque ya, niña hermosa, en lo futuro
Vendrá cubierto del celaje oscuro
De una memoria para tí fatal.

.....
.....
.....

Y sin embargo en el mundo
Que poco há tan bello viste
Ser dichosa tú pudiste,
Esposa de hombre feliz;

Y de los tuyos querida,
Llenar tu noble destino
En plenitud de la vida,
Siempre honrada en tu país.

Ser madre, y sobre tus hijos
Derramar las bendiciones,
Los inagotables dones
De una fértil juventud;
Y en sus corazones tiernos
Sembrar la vivaz semilla
De los principios eternos
Del bien y de la virtud.

Enseñarles que los hombres
Libres, hermanos, iguales
Son por las leyes fatales
De Dios y la humanidad;
Y que ese dogma sublime
Es el que ilustra los pueblos,
Los rejenera y redime,
Les dá gloria y libertad.

Porque la voz de cariño
De la madre, aleccionando,
En la cabeza del niño
Echa profunda raiz;
Y de ella brota fecunda
Aquella santa doctrina
Que á ser bueno lo encamina,
Grande, patriota y feliz.

Y el poder y la eficacia
Tiene del *verbo*, y en ella
La productora centella
Está del divino amor;

Porque el amor es la vida
O el espíritu invisible
Que enjendra de lo sensible
El movimiento creador.

Y de tu prole dichosa
Otras proles nacerian
Que en sus entrañas traerian
Rejeneracion vital;
Y la muerte, sí, con otros
Del vicio que te ha perdido
Y que bebimos nosotros
En la cloaca social.

Porque en malhora nacimos
Y como hijos de una madre
Con vosotras recibimos .
La herencia de maldicion;
Herencia de desenfreno,
De confusion y de crimen
Que inoculada en su seno
Lleva otra jeneracion.

Y en su ejemplo aprenderian
Otras vírgenes y madres,
Otras proles y otros padres
La ley santa del *deber*;
Y dichosa nuestra patria
Grande entónces se alzaria,
Y madre ó vírjen seria,
Venerada la mujer.

La mujer, sí, que al capricho
De amoroso devaneo,
Al deleite y al recreo
Solo parece servir;

Y que á la frívola charla
A imaginar atavíos
Y á livianos amoríos,
Dá su indolente vivir.

La mujer que solamente
Reinar no debiera ufana
Por el májico ascendiente
De su belleza y su amor,
Sino por esas virtudes
Que su natura ennoblecen,
Y á la sociedad ofrecen
La gala y prenda mejor.

La mujer cuyo destino
Es embellecer la vida,
Llevar bálsamo á la herida,
Derramar su caridad;
Y fecundar con misterio
El principio donde afirma
La democracia su imperio,
Su alto fin la sociedad.

Porque el hogar es santuario
Donde inmaculado y vivo
Arde el fuego primitivo
De la perfeccion moral;
Y el destino de la esposa
Mas alto, es alimentarlo,
Intacto y puro guardarlo
Como cristiana vestal.

Y del hogar se difunde
Invisible en las entrañas
De la sociedad é infunde
Ese fuego enjendrador,

Y mantiene su armonía
La anima y la rejenera,
La ilumina en su carrera,
La impele á estado mejor.

Y la mujer es el ángel
A quien la tabla divina
De salvadora doctrina
Confió en su designio Dios;
Y su lengua al hijo tierno
La revela cariñosa,
Y la humanidad gozosa
Oye mística su voz.

Y renegaste mujer
Como muchas ese rango,
Para arrastrarte en el fango
De la corrupcion comun;
Y al bosquejo de mi pluma
Verás tarde arrepentida
Lo que perdiste en la vida
Lo que ella te guarda aún.

TERCER FRAGMENTO.

Era un ángel, Señor, de ese tu cielo
Que enviaste en tu bondad para consuelo
De la congoja y terrenal dolor;
Pero andando en la tierra peregrina
Olvidó acaso su mision divina
Y por criatura humana sintió amor.
Perdónala Señor.

Satan sin duda la tendió acechanzas,
La infundió lisonjeras esperanzas,

Ilusiones del mundo tentador:
Era vírjen incauta é inocente,
El mal no conoció, de la serpiente
Oyó ilusa el arrullo encantador.
Perdónala Señor.

Sintió en su pecho palpitar la vida,
La vida de la carne enardecida
Por la lengua voráz del seductor,
Y como Eva gustar del Paraiso
El bello fruto de la vida quiso,
Que era fruto de muerte y sinsabor.
Perdónala Señor.

Perdónala si arrepentida llora,
Si cuando el cielo tuyo rememora
Una lágrima vierte de escozor;
Lágrima es esa acrisolada y pura
De la frágil y mísera criatura
Que mover debe tu piadoso amor.
Perdónala Señor.

Cuando la ví pasar por senda mia,
Me deslumbró la luz que despedia,
La luz de su belleza y su candor;
La creí de tu gloria una centella
Y me postré á adorarla porque en ella
Nada ví terrenal ni pecador.
Perdónala Señor.

Y era solo mujer!—hubiera dado
Mi vida por salvarla del pecado
Que echó sobre ella el mundo engañador.
Perdónala si tu clemencia implora,

Si á la virtud se acoje que en mal hora
La hizo olvidar el juvenil error.
Perdónala Señor.

La lágrima, Señor, de penitencia
Lave su mancha, ablande tu clemencia
De su oracion el cándido fervor:
Que esposa y madre, en hora de fortuna,
Sembrar pueda en la tierra de su cuna
Semilla de virtudes que dén flor.
Perdónala Señor.

Enviala una luz que la ilumine,
Un ángel que la guarde y encamine
Por la senda mejor,
Que la regale siempre horas serenas,
Y que aplicando bálsamo á sus penas
Te lleve sus ofrendas, mediador.
Perdónala Señor.

Mas si rebelde, en su delirio al mundo,
Sigue pidiendo su deleite inmundo,
Su ponzoñoso y criminal amor,
Antes que esa alma mísera se pierda
A la triste mansion donde recuerda
Angustiado su culpa el pecador,
Llévatela Señor.

No consientas que inmundá, envilecida .
Y de mundana lepra carcomida
Se la lleve el demonio tentador,
Ni que la obra mas bella de tu mano
Con satánico gozo muestre ufano
Como irrisión de tu poder creador.
Llévatela Señor.

Perdónala si tu clemencia implora,
Si á la virtud se acoje y á toda hora
Llora el deslíz del juvenil ardor:
Roba ese ángel al mundo y al infierno,
Vea la luz de tu regazo eterno,
Cantaré himno sublime en tu loor.
Escúchame Señor!

ESTEVAN ECHEVERRÍA

El despecho.

Deja, Silvia, esa sonrisa
Con que me ves maliciosa,
Cuando mis ojos ya ciegos
Ardientes lágrimas lloran.

Quiera el cielo, linda niña,
Que tus mejillas hermosas,
El llanto no las marchite,
Ni las manche la deshonra!

Presumes saber la causa
Oculta, cuya ponzoña
Atosiga mis venturas,
Siempre fugaces y cortas?

En vano te lo imaginas
Ya turbada, ya curiosa,
Mis infelices secretos
Mi pecho los cubre y llora.

No el temor, no el odio fiero,
No la ambicion peligrosa,
Son causa de que infelice
Muera lleno de congojas.

Hay un pesar que me oprime,
Vive un dolor que me agobia.
Sin que logre mitigarlos
Tu belleza seductora.

El remordimiento amargo,
Que al triste culpado acosa,
Cuando sin pátria y errante
Vive en perpetuas zozobras;

Apénas es comparable
Con el que mi alma destroza:
Do quier que vuelvo la vista
La imájen del mal me asombra.

En mi frente se divisan
Inquietudes veladoras,
Y vengadores cuidados
Dentro de mi pecho moran.

La risa de la inocencia
Nunca á mis labios se asoma,
Y entre reprimidas quejas
Suspiros el lábio brota.

En los momentos tranquilos
De la noche silenciosa,
Cuando el desgraciado duerme,
Y el tierno amante se goza,

A mis ojos se presentan
Entre formas vagarosas,

Recuerdos que no sosiegan,
Memorias que no reposan.

Desterrado como vivo
En las rejiones remotas,
La desgracia me persigue,
Como á su cuerpo la sombra.

¿Qué importa pasar los montes
Visitar tierras ignotas,
Si á la grupa los cuidados
Con el jinete galopan?

Dudoso arrastré mi vida
Por una senda escabrosa,
Y á la orilla del sepulcro
La esperanza me abandona.

No pretendas, bella niña,
Saber mi pena afanosa,
Ni ver las llamas ardientes
Que mis entrañas devoran.

No el velo de mi secreto
Con mano atrevida corras,
Déjame con mis desdichas
Y vete tú con tus glorias!

JOSÉ JOAQUIN PESADO.

En un convite de amigos.

EN EL ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO DE 1830.

....No quiero yo que Apolo
Pulse esta vez mi lira,
Ni el coro de las nueve
A mi placer me sirva.
Beban otros poétas,
Que á gran renombre aspiran,
Las aguas de Hipocrene,
Las de Aganipe línfas;
Pero yo en otra fuente
No beba la alegría,
Mas que del dulce néctar
En la ancha copa henchida.
Bebamos, pues, amigos:
Por quién?—Por las queridas,
Los que aun al hímeneo
Dura cerviz no rindan.—
Por quien?—Por las esposas,
Los que en nupciales dichas
Apuran inocentes
La copa de delicias.—
Por quién?—Por los guerreros
A quienes Marte tizna
Con el oscuro polvo
De la sangrienta riña,
Y que, tremendos, fuertes,

En los aciagos días
Nuestra pátria salvaron
De la garra homicida
Del Leon que en Iberia
Está ruiendo de ira. —
Por quien?—Por los patriotas,
Primeros estadistas,
Que el primer veinticinco,
Del cieno en que yacían
Se alzaron y al alzarse,
Dieron á un mundo vida.
¡Ea amigos! bebamos
En cordial alegría,
Apuremos los dones
Con que Lico brinda,
Y con tiernos recuerdos
Nutramos nuestra dicha.
Vayan y vengan copas;
Vuela, ó Baco este día
Desde un extremo al otro
De la mesa festiva,
Como vuela Cupido,
El Dios de las delicias,
Del Ida al Amatonte
Del Amatonte al Ida;
Y concede propicio
A todos los convivas,
Arder en igual fuego
Que el que mi pecho ajita.

JUAN CRUZ VARELA.

A mi hijo,

¿Y qué será de tí sobre el camino
De esta vida falaz, hijo adorado?
Tú tienes que luchar con el destino:
Tú mision es mision de peregrino
Que un mundo viene á ver desconsolado.

Sí! mundo de ilusion . . . ¡Ah! tus arenas
Queman la planta del que cruza errante
Tus estancias magníficas y amenas:
Eres un viejo de agotadas venas
Con negro corazon y buen semblante.

Cien siglos posan en tu calva frente
Y cada uno te da su blanco armiño,
Porque ocultes con túnica esplendente
La malicia feroz de la serpiente
Con la sonrisa cándida del niño.

Y este mundo fatal con odio insano,
Con júbilo sarcástico te espera;
Tiende á tu paso diligente mano;
Mas en el ojo del sombrío anciano
La luz del desengaño reverbera.

Torna á tu oríjen, virjinal paloma,
Huyendo de este fango corrompido
Que ya á tu pecho la amargura asoma,

**Y en tu cabeza cierne su carcoma
El tiempo que tus pasos ha medido.**

**Tiende la vista sobre el hondo valle
Que tienes que cruzar como extranjero
Por bien difícil y escabrosa calle!
Oh! nunca el rayo del dolor estalle,
Hijo del corazon, en tu sendero!**

**Que la vida infeliz si tiene flores,
Auras y luz y fuentes cristalinas,
Tambien tiene huracanes bramadores
En campos donde crecen los dolores
Envueltos en malélicas espinas.**

**Y es lágrima del tiempo nuestra vida,
Lágrima turbia que su llanto brota
En hiel ingrata y en ponzoña hervida;
Es lamento que en voz desfallecida
Sale del corazon nota por nota.**

II.

**Tú duermes ahora sueño dichoso!
Duerme, hijo mio! que yo entre tanto
Alzaré ansioso
Mi dulce canto
Solo por tí;
Y mis acentos irán cruzando
Dentro tu mente, con melodía
De un éco blando.
¡Grata armonía
Que un tiempo oí!**

III.

**Acaso podrán los ojos
De tu alma claras lumbreras
Penetrar en las praderas
Que embellecen el Eden?
Verásme acaso en el sueño**

Que las ficciones convoca,
Poniendo un beso en tu boca
Y una flor sobre tu sien?

No! mi amor. . . . Esa sonrisa
Llena de vida comprendo:
Tú ries porque estás viendo
Una espléndida ilusion:
Han venido tus hermanas
A contemplarte un momento,
A unjir tu alma con su aliento. . . .
Me lo dice el corazon!

Tus hermanas; sí. . . ! Solo ellas
Visitarán al hermano
Y le tenderán la mano
Que el delito no manchó.
Ellas te cuiden el sueño
Y te arrullen en sus brazos
Y velen sobre tus pasos
Solo ellas, tu madre y yo.

Mis hijas ¡ay! tiernas flores
Que en el corazon nacieron
Y del corazon cayeron
Para no volver jamas!
La eternidad misteriosa
Les abrió sus anchas puertas. . . . !
Ay! mis esperanzas muertas
No volverán á ser mas!

IV.

Blancas palomas que fueron
El encanto de su nido!
Apenas alas tuvieron
Ya en el éter se perdieron
Como en el viento el sonido.

Copas llenas de ambrosía
De purísima fragancia,
Cuyo aroma se extendía
Cual la paz y la alegría
Sobre el seno de la infancia.

Cuyo balsámico aliento
Era efluvio de la aurora,
Y era el manso y suave acento
Que se adormece en el viento
Con ilusion seductora.

Puras gotas de rocío
Que en una flor se encontraron!
Flor cuyo cáliz sombrío
Era yo y el llanto mio
La fuente en que se formaron.

Hijas del alma! algun dia
Entre mis brazos os ví:
Oídme! si mi agonía
Prosigue lenta é impía
Volved los ojos á mí.

V

.....
.....

Torna á tu oríjen virjinal paloma!
No toque el suelo tu inocente planta!
Las blondas alas de mi musa toma
Y el vuelo entonces á tu Dios levanta!
Bañe tu frente su inmortal aroma,
Entre sus coros infinitos canta,
Y desde el alto firmamento en tanto
Contempla mi horfandad, ve mi quebranto.

Al jeneral Lavalle.

DICIEMBRE 7 de 1860.

• —

Una tumba se abre hoy ante mis ojos
Que Chile cobijaba silenciosa,
Y sobre mudos, míseros despojos
Veo alzarse una sombra esplendorosa.

De libertad las auras trasandinas
Con animado soplo levantaron
Esa losa, y hazañas peregrinas
De LAVALLE ante el mundo revelaron.

Álzate del sepulcro denodado
Héroe, que al ver tu patria redimida,
El polvo que te cubre te es pesado,
Y de gloria recobras nueva vida.

Levántate, en tu patria idolatrada
Luce de libertad el claro día:
Rota está la cadena ensangrentada
Con que la envileció la tiranía.

Pero ¿dónde está el despota inhumano,
Dónde su vano orgullo y poderío?
¿Dónde está aquel á quien con fuerte mano,
Hasta la muerte desafió tu brío?

¿Dónde el que alzando enseña ignominiosa
Cubrió á Bonaria de dolor profundo,
Y proverbial su tiranía odiosa
Hizo su nombre por el ancho mundo?

¿Dónde el Rosas se oculta que algun dia
Con insulto sacrilego é insano
Para sí los honores pretendía
Con que á Dios honrar debe el ser humano?

Despareció! No fué: cual humo leve
Le disipó el aliento del Dios vivo,
Que á los tiranos en su sólio mueve,
De los valientes al esfuerzo activo.

Prófugo vaga, y en lejana tierra
El ludíbrio y la infamia en pos le siguen;
Al mirarle el terror los ojos cierra
Y fantasmas sangrientos le persiguen.

Pero tú vives, vivirás eterno;
Y en los anales de la patria mia
Tu claro nombre, tu recuerdo tierno,
Resonarán cual pura melodía.

Jóven imberbe en Chacabuco, osado,
Con el gran San Martín ya te adiestrabas
En conquistar la palma del soldado
Y en vencer los tiranos te gozabas.

En los campos de Maipo y Talcahuano,
En la batalla heróica ¡oh prueba dura!
Sorprendido, admiraba *el veterano*
Tu varonil arrojo y tu bravura.

Por la discordia fiera nueva senda
Discurriste de gloria y de dolores,
Hasta inmolar tu vida, dulce prenda
Que dió á tu patria nuevos esplendores.

Y muerto ¡oh Dios! tu polvo perseguido
Reposo halló, modesta sepultura,
En Chile, donde ignoto y escondido
Esperó un nuevo día de ventura.

La firme lealtad, respeto santo
Guardó á este polvo, con amor constante,
Y tu esposa vertiendo acerbo llanto
Le estrechó tierna contra el seno amante.

Dolor intenso, gratas bendiciones
Te consagra de Chile el patriotismo,
Que guardará entre dulces emociones
Recuerdos de tu trágico heroísmo.

Al trasladar tu urna funeraria
De tu país natal al caro suelo,
A la futura suerte de Bonaria
Astro serás de plácido consueño.

En tus reliquias va prenda segura
De duradera paz y bienandanza;
Y de felicidad serena y pura,
Déjanos cara sombra la esperanza.

Parte: te aguardan libertad y gloria,
Del Plata allá en las nítidas arenas;
Mientras se borra breve é ilusoria
La vision bella que columbro apenas....

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

El Anjel Caido.

FRAGMENTO DE LA 2^ª PARTE.

EL BAILE.

Ahi tienes, niña, descifrado el mundo,
Ese bello y recóndito tesoro,
A tu sediento labio en cáliz de oro
El néctar ha ofrecido del vivir;
Probaste al fin de su dulzura, ardiente,
Conoces ya de su embriaguez el dejo,
De su deleite vano esa es la fuente
Que ansiosa procurabas descubrir.

Ahi está con la pompa de sus galas
Haciendo ostentacion de su belleza
En esas vastas y brillantes salas,
Irradiando alegría y esplendor;
Ahi está como rey sobre su trono,
Rodeado de su corte y sus lacayos,
A cortesana turba de vasallos
Repartiendo sus dones y favor.

Ahi tienes sus magníficos jardines,
De sus hermosas flores la fragancia,
Sus saraos y sus danzas y festines,
Sus amores, su dicha y alto prez;
Ahi estan sus laureados favoritos

Saboreando la fruta que les place,
La que en polvó al tocarla se deshace
Aunque bella en frescor y lucidez.

Obsérvalo que su mirar fascina,
Mirálo bien que su esplendor deslumbra,
Que en su sonrisa la espresion divina
Del hombre de tus sueños hallarás;—
Mira bien que fatal embaucamiento
Produce y magnetiza los sentidos,
Y el corazon, el alma el pensamiento
Robarte puede sin sentir quizás.

Pero ah! que es tarde ya por tu desdicha,
Si su corona te abrasó la frente,
Si su incienso dió vértigo á tu mente,
De tu conciencia amortiguó la luz;
Si cayó, como plomo derretido,
Su néctar delicioso en tus entrañas,
Y en el febril letargo del sentido
Rompió de tu alma el virjinal capuz.

Pobre mujer! cuando ébria sonreias
Mecida por los ecos y el arrullo
De sus blandas y dulces armonias
Todo en él seduccion, todo era ardid;
Y al estrecharte de deseos lleno,
Al repetirte tierno, "te idolatro!"
Te envenenaba y desgarraba el seno
Con su lengua dulcísima de aspid.

Pobre mujer! y cándido tu nombre
Y tu amor le entregabas y hermosa,
Como al feliz esposo vírjen pura
Despues de la cristiana bendición,
Y entre tantos galanes que á porfia
Rendieran homenaje á tu capricho
Ni uno solo quizá se encontraria
Que deveras te diera el corazon.

Pobre mujer! como invisibles dardos,
En tu efímero triunfo, iban cien lenguas
Cien miradas de jóvenes gallardos
La gala de tu sexo á escarnecer:—
Víctima coronada, entre el murmullo
De tanto adorador, nada sentias
Sinó él estasis vano de tu orgullo:—
Y asombrado te ví desfallecer.

Observa bien, dorada sepultura
Es ese mundo que te halaga tanto;
Alza el velo que cubre su hermosura
Y un cadáver hediendo encontrarás;—
No hay vida en él para abrevar tu vida,
Ni amor, ni fé, ni chispa de creencia,
Pero ah! que es tarde ya y arrepentida
Pobre mujer en vano llorarás.

ESTEVAN ECHEVERRÍA

Vaguedad.

En mi hamaca pendiente,
al pié de mi ventana,
paso las noches sola
y en silenciosa calma.
Si del Gualí las brisas
con su frescor me halagan,
el éco de sus ondas
mis oídos regala;
y los floridos árboles
que en sus orillas se alzan,
riquísimos olores
por los aires derraman.

Los ojos vagorosos,
la frente levantada,
objetos mil variados
á mi vista se alzan.
Miro los altos cerros,
las calles solitarias,
las lúgubres ruinas,
los árboles, las casas;
y en misteriosos grupos
las apiñadas palmas,
las sombras me parecen
de fujitivas hadas.
El ancho Magdalena
con majestad se lanza,
y á la indecisa lumbre
que la luna derrama,
sus aguas ondulantes
admiro plateadas,—
que ora bullendo ruedan,
ora dormidas, mansas,
susurro misterioso
forman entre las ramas.
¡Qué dulce, si la vida
así se deslizara,
tranquila, silenciosa
y ajena de mudanzas!
Qué bello, si del mundo
el vasto panorama
el paraíso fuera
de la familia humana!
No la riqueza envidio,
su pompa ni su gala,
ni envidio á las hermosas
su decantada fama.
Que las pompas del mundo,
sus fiestas y su zambra,
para las almas queden
que son de esfera baja.
La calma solo quiero

de noche bella, clara,
y una hamaca pendiente
al pié de mi ventana. . . .
Mecida al dulce halago
de ilusiones doradas,
cuán deliciosamente
mi corazon se ensancha!
Ilusiones que llegan
y fujitivas pasan,
como en el mundo todo
en sucesion tan rápida!
Que bullen y cual sombras
se ajitan en el alma,
y á veces se consumen,
y á veces se dilatan,
y en caprichosas formas,
que nuestra mente halagan,
arroban los sentidos
y osténtanse galanas.
Mas luego desaparecen,
dejándonos el alma,
y el corazon desiertos,—
que al fin la sombra es nada! . .
Á veces de una hoguera
la amarillenta llama,
que á lo lejos oculta,
diviso entre las palmas,—
que pálidos reflejos
fulgura solitaria,—
mil ideas confusas
en mi mente desata;
y á otra rejion me lleva,
ignota, desolada,
donde habitan los seres
que por la tumba pasan
donde el padre y el hijo,
el amante y la amada,
el amigo, el hermano,
en confusion estraña

y en silenciosas turbas
que en oleadas se alzan,
se ajitan semejando
millares de fantasmas!....
Misterio indefinible
que la razon no aclara!
Nacer para la muerte!
Del *ser* ir á la *nada*!....
La nada!....es el absurdo,—
fatídica palabra!
La duda es un delirio....
Mas vale la esperanza!....
Que el corazon palpita,
y el alma se dilata,
y bullen las ideas,
y el pensamiento vaga;
mas siempre se detiene
ante la densa valla,
y siempre los sentidos
y la razon se embargan....
imágenes dejadme,
que me robais la calma,
dejadme que tranquila
me goce con mi hamaca,
tendida muellemente
al pié de mi ventana.

Da. AGRIPINIA SAMPER DE ANCIZAR,
mas conocida bajo el anagrama de
PIA-RIGAU.

La juventud.

(FRAGMENTO.)

Preciosa juventud! En dónde moras
Que no levantas al placer un templo?
Atmósfera de eterna primavera
Te circunda anhelante en jiro inmenso:
El sol abrasador nunca sentiste
De la estiva estacion, que desde el medio
De la bóveda azul lanzó sus rayos:
Apenas si el contacto de su incendio
Rosada luz en tu mejilla influye,
Abrillantando el mar de tus cabellos!
Preciosa juventud! En vano se alza
En la cruda estacion del cano invierno
El pardo nubarron: sus antros rasgue,
Resuélvase en granizo y aguacero,
Y el rocío será que desde lo alto
Desciende á refrescar tus lindos miembros,
Como á flor matinal deshecho en perlas,
El llanto de la aurora le dá riego.

Preciosa juventud! Hay algo acaso
Que tengas por mentira? Y qué no es cierto
Para el alma feliz que en fuerza vírjen
Nada imposible á su ardoroso anhelo
Pretende descubrir? Deja que quiera,
Y en hombros sustentándose del jénio,

La verás en carrera estrepitosa,
Atras dejando el presuroso viento,
Intrépida salvar el ancho foso,
Susto y bullicio en el cercado ajeno
Introducir, y cuando al linde llega,
Aun volverlo á saltar. . . y siempre ardiendo,
Tregar á la montaña mas altiva
Y escalar los alcázares del trueno!
Deja que quiera, y las potentes alas
De la mente ardorosa sacudiendo,
Cual cóndor atrevido que del éter
Intenta sorprender el gran misterio,
Cerniéndose á su vez, hallará fácil
Traspasar el dintel del firmamento!

¿Qué para ella no es goce y ufanía?
¿Qué hay en el mundo que no sea bello?
La flor para ella se colora, el aura
Murmurios tiene y juguetones besos,
Risa el arroyo, músicas el bosque,
Trinos las aves, transparencia el cielo!

¡Tal es la edad! La llama de la vida
Enciende en juventud de amor el fuego,
Y la grata ilusion en muelle sólio
Entroniza la imájen del deseo. . . .
¡Para ella el canto y la armonia oculta,
Para ella la efusión del pensamiento,
Que todo lo descifra y lo comprende
Y asimila á su ser en goce eterno!
¡Para ella el canto.

HERMÓJENES DE IRIBARRI.

El cuerpo y el alma.

Sobre los llanos de la tierra mia,
sobre los montes de la tierra estraña,
sobre el abismo de la mar inquieta,
sobre el fúnebre campo de batalla,
 como una sombra,
 como un fantasma,
ah! siempre léjos de tu hogar querido
la tromba de la vida me arrebatá!

Parece que la fuerza del Destino
el cuerpo mio de tu cuerpo aparta,
la senda tuya de mi senda borra,
la vida mia de tu vida arranca,
 y léjos hunde
 y léjos alza
el rumbo sin oriente de mi huella,
el paso sin reposo de mi planta!

Sobre la tierra de la pátria tuya,
sobre la roca de la tierra estraña,
sobre las ondas del desierto amargo,
sobre el campo sin Dios de la matanza,
 como los cielos
 y la alborada
siento en el alma la existencia mia
ligada á la existencia de tu alma!

Parece que la fuerza del Destino
el cuerpo mio de tu cuerpo arranca!
Parece que el Señor ató en la vida
tu alma con mi alma!

Y el cuerpo errante sobre el mundo inmenso
sigue la maldicion que le arrebató!
Y el alma dolorosa y abatida
á tu desierto espíritu se amarra!

· RICARDO GUTIERREZ.

Las horas.

Queriendo coronar la mas hermosa,
En torno al sol las Horas se juntaron,
Y allí en danza jenial se armonizaron
Del almo dia al sonrosado albor;
Mal envueltas en gasas transparentes,
En el éter azul, todas son bellas,
Mas fué reina elejida al fin por ellas
La hora inefable del primer amor.

Desde entonces el alma está á su imperio
Con misteriosos vínculos unida,
Se confunde á la esencia de la vida
Rica en tiernas promesas al pasar;
Y deja en pos dulcísimas memorias
Al perderse en el tiempo en casto vuelo,
Como brillan los astros en el cielo
Cuando el fúljido sol descende al mar.

CARLOS GUIDO SPANO.

Epigramas.

Pregunté á cierto censor,
Hombre de muy buena pasta,
¿Por qué en sus escritos gasta
Tanta paja cierto autor?
“Es porque cuando trabaja
(Me dijo) para la prensa,
Ante todas cosas piensa
Y hace sus piensos con paja.

Doce años viajó Carballo,
Y ha sido viajero tal,
Que no se le encuentra igual
A escepcion de su caballo.

A un paje nada dormido
Dijo, dándole un papel,
Cierta dama: ves con él
Y entrégalo á mi querido.
No era la primera vez
Que iba el paje, pues tomó
el papel y preguntó:
“Señora ¿á cuál de los diez?”

La novia.

AL DIA SIGUIENTE DEL TEMPORAL DE SANTA ROSA.

Venit post multa una serena dies.

Parece que los cielos
Acompañan al hombre en sus pasiones.
Ayer oscuras nubes
Cubrían las altísimas rejiones.
Cual si lloráran duelos
Jemían con dolor los aquilones.
Pero vino el Pampero soberano,
El éter ajitando con sus alas,
Y esparciendo moléculas vitales
Con jenerosa mano.
Vistió la tierra sus mejores galas,
Y el sol parece que ha cubierto al mundo
Con su rayo mas dulce y mas fecundo.
La tristeza de ayer se ha evaporado
Con el viento tenaz y la neblina.
Cuando hoy he despertado
Cantaba la primera golondrina,
Humilde mensajera
De la estacion feliz de los amores.
La oíste tú, Maria?
Sí tú oíste una voz; mas esta no era.
Era la voz amante,

Del esposo impaciente que te espera:
Corre, vuela, no tardes un instante!
Ya cayó el triste velo
Que envolvía la tierra en su tristeza.
Levanta tu hermosísima cabeza,
El sol de la fortuna está en tu cielo.

LUIS. L. DOMINGUEZ.

Setiembre 3 de 1864.

Soneto.

¿Quién soy? ¿de donde vine? ¿á do termina
La senda del vivir áspera y ruda?
¿Dónde se oculta la verdad desnuda
Que del ser los abismos ilumina?

¿Somos arcilla vil, ó una divina
Esencia nos alienta? ¿quién escuda
La virtud y la fé contra la duda,
La vida de la muerte tan vecina?

¿Existe Dios? ¿es sueño solamente,
O es realidad que marca su alta huella,
Cuanto contemplan ávidos mis ojos?

Esto pensaba yo, cuando á mi mente
Se presenta tu imájen noble y bella,
Y en tierra entónces me postré de hinojos.

CÁRLOS GUIDO SPANO.

El Ombu.

A FELIX FRIAS, (EN BOLIVIA.)

—

En el Ombú que ha brotado
Con el jérmén de mi mente,
Estas letras he grabado:—
“A FELIX, que no ha olvidado
Su Pátria: su amigo ausente.”

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente,
El Brasil, su sol ardiente,
Minas de plata, el Perú,
Montevideo, su Cerro,
Buenos Aires,—Patria hermosa,—
Tiene su pampa grandiosa;
La Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura estendida,
Inmenso piélagó verde,
Donde la vista se pierdo,
Sin tener donde posar,
Es la Pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza dá su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas,
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz—
El bibí, los macachines,
El trébol, la margarita
Mezclan su aroma esquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos;
Pero sí pájaros bellos
Hijos de la soledad,
Que siendo únicos testigos
Del que habita esas rejiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su horfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho;—
Si la peste amaga el rancho
Sobre el techo el buho está;—
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está contando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma

Que se alcanza á divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

El ombú!—Ninguno sabe
En qué tiempo, ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roída,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo:
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del Pampero,
Que es tremendo su huracan.

Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor:
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija;
La rastrea lagartija
Hace cuevas á su pié.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;

Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se vé.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza dá su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porcion mas culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominios dividiendo
Que vá el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la Ciudad.

Y el rasgo mas prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú. ¹

¹ Los pampas y casi todas nuestras tribus indígenas, envuelven el cuerpo en una manta de lana desde la cintura hasta las pantorrillas que llaman:—*chamal*,—vestido que han adoptado nuestros gauchos bajo el conocido nombre de *chiripá*. También han adoptado estos las *bolas*, arma de caza y guerra cuyo nombre indígena, es: *laques*.—Creo que el lenguaje poético debe preferir las palabras *chamal* y *laques*; lo mismo que la acentuación que he usado en la palabra que vulgarmente se pronuncia *gualichu* ó *valichu*.—Véase: Costumbres de los pegüenches, por Cruz; *Angelia*, tomo primero. [El A.]

Cuánta escena vió en silencio!
Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
A su pié se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algun caudillo
Que á los Indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!

A su sombra melancólica
En una noche serena
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;
O tomando el *matecito*
Bajo sus ramos frondosos,
Pone en paz á dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pié trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego

A correr el avestruz....
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

LUIS. L. DOMINGUEZ.

El rayo azul.

Camino misterioso
De los querubes,
¿Quién tiende silencioso
Bajo las nubes,
Tu fantástico velo?
¿Por qué brillas temblando,
Rayo del cielo?

I.

¡Siempre brillando en las marinas nubes
al último reflejo vespertino!
¿por qué me inspiras tú, *rayo divino*,
la paz del corazón?
Mas puro que las aguas tembladoras
del plateado y pacífico arroyuelo;
¿por qué te asomas tú, rayo del cielo,
cual dulce aparición?

Yo he visto el astro que adoraba el Inca,
sumido en lluvia de impalpable fuego,
salir al mundo y trasponerse luego
en las ondas del mar.

La noche, ese terrífico recuerdo
del abismo, del caos, de la nada,
yo la he visto de estrellas coronada
espléndida brillar;

Y aunque la sombra del inmenso espacio,
y la lumbre magnífica del día
consuelo dan, á la tristeza mía,
hondísimo dolor;

Nunca se abre á la voz de la esperanza
el pobre corazón tan dulcemente,
como al ver ese *rayo reluciente*
de límpido color.—

Dicen que un ánjei, cuando muere el día,
triste en los aires su plegaria entona;
¿serán sus alas la brillante zona,
que miro relucir?

¿Será que peregrino de otros mundos,
cruzando bajo el lampo de una estrella
deja tras sí la luminosa huella
de azul y de zafir?

El iris tiende en la borrasca oscura,
sus cambiantes, su luz, su gasa de oro;
mensajero del bien, feliz meteoro,
símbolo de la paz:

Nuncio de una promesa soberana,
la tempestuosa lumbre empalidece,
apaga la tormenta y desaparece
misterioso y fugaz.—

Pero tú, faz á faz con el carníneo
surco del sol magnífico te pintas,

y muestras suaves tus serenas tintas
en el flotante tul;
Y cuando rueda rebramando el viento
á través de su piélago incendiario
brillas, rayo, tranquilo, solitario,
misterioso y azul.—

II.

Espiritus del aire que suspiran
en las rejiones índicas, yo anhelo,
como vosotros, recorrer el cielo
tras nubes de arrebol:
Al despedirse el moribundo día,
prestadme vuestras alas, porque pueda
ver ese rayo azul de gasa y seda,
que brilla junto al sol.—

Brisas murmuradoras de la tarde,
á cuyos ténues encantados ruidos
se pierden lentamente mis jemidos,
las voces del pesar;
Decidme ¿quién colora en las alturas,
que la alta noche de misterios puebla,
esa estofa de plata, luz y niebla,
que refleja en el mar?

Avecillas del cielo peregrinas,
de dulce canto y de lijera pluma,
¿es precursora esa flotante espuma
de horrible tempestad?
Cuando el astro del Inca silencioso
hunde su sien, oculta sus reflejos,
¿quién tapiza de nácar y azulejos,
la triste oscuridad?

¿Quién?...la voz del Señor, el Dios del cielo,
Rey de los Reyes... Mientras paso á paso
se envuelven los países del ocaso
en mantos de oropel;

Como la sombra es triste, como el hombre
jime en su corazon, el Dios bendito
tiende ese rayo azul, vago, infinito,
donde se oculta EL.

—
Invisible poder, Númen divino,
esperanza del mundo, yo te imploro,
trémulo de piedad, Señor, te adoro,
sediento de virtud:

En el ritmo del alma te bendije,
yo te alababa en mi niñez primera,
hoy, pecador, te llamo por do quiera
al son de mi laud.

. JOSH R. YEPES.

Mis designios frustrados.

1818.

Una vez que lograron
Las armas argentinas
Contra el tirano un triunfo,
Que con celosa envidia
En santa Helena el corso
Batallador sabría,
Iba á subir al Pindo,
Y en elevada rima,
Dar eternos loóres
A San Martin queria.
Pero no bien trepaba
La sagrada colina,
Cuando al encuentro mio
Vino la musa amiga,

Y me puso en la mano
Con graciosa sonrisa
El instrumento mismo
Que yo á buscar venia.
Le tomé, y á tocarle
En mis transportes iba;
Mas quedaron burladas
Las esperanzas mias;
Que mi voz dijo *Marte*,
Y sonó *Amor* la lira.
Soltéla con enojo
Y dije: “es este día
Para cantar amores,
O guerras y rúinas?
Cuando airado Mavorte,
Belona enfurecida. . . .”
Iba á seguir; empero
Llegando Clio aprisa,
“Canta, canta me dijo
Que mi númen te inspira:
Aquesta compañera
No dicta mas que risas,
Sin que otra cosa Apolo
En jamas le permita.”
El discorde instrumento
Volví á tomar con ira,
Y alcé la voz de nuevo,
Y sonó *Amor* la lira.
Clio desplega entonces
Una risa maligna,
Y me dice: “¡inocente!
Deja que Lopez siga,
Con Rodriguez y Luca
Y Rojas este dia, (1)

(1) El Dr. D. Vicente Lopez, Fr. Cayetano Rodriguez, D. Esteban de Luca y D. Juan Ramon Rojas, poétas porteños, cantaron muchas veces de un modo digno, los triunfos de nuestras armas y las glorias argentinas. (EL AUTOR)

El carro de la muerte
Que al Orco precipita
A cuantos han mordido
El polvo en lid impía.
Estos, no tú, del héroe
Canten la sien invicta,
De palmas y de gloria
Y de laurel ceñida.”
Entonces, por desquite,
Dije: “la Delia mia
Vale mas que mil héroes,”
Y retiréme aprisa.

Otra vez que en el templo
De Astrea ví injusticias,
Otras mil veces digo,
Porque ví repetidas,
Vengarlas quise en verso;
Pero inútil porfía!
Al invocar á *Temis*,
Resonó *Amor* la lira.

Despues, cuando enseñada
Ví la filosofía,
Como en la culta Europa,
Aquí en la patria mia,
Tributar me propuse
La alabanza debida
A Lafinur, al jóven (2)

(2) D. Juan Crisostómo Lafinur, natural de Cordoba del Tucuman, y Dr. en aquella Universidad, era cuando se escribió esta pieza catedrático de filosofía en la de Buenos-Aires. Este jóven, hábil humanista, poeta distinguido, fué perseguido por los fanáticos defensores de los absurdos, que, con el nombre de filosofía, se enseñaban antiguamente. Dió Lafinur en Buenos-Aires un curao lucidísimo; pero la ignorancia, la preocupacion, la envidia y la calumnia, consiguieron hacerle abandonar su carrera. Desuelto á seguiria en Mendoza, experimentó allí las mismas contradicciones: se retiró en consecuencia al otro lado de los Andes, y murió en Santiago de Chile en el año 1828 á los 29 años de edad. Es muy sensible que no exista una coleccion de sus muchas y bellas poesías: ella haria un grande honor al paraiso Argentino.

(EL AUTOR)

A quién con rabia impía
El jénio furibundo
Del fanatismo mira,
Y á quien desde muy tierno,
Tierna amistad me liga.
En el laudable empeño
Mi suerte se fatiga,
Por encontrar palabras
De su alabanza dignas:
Pero rebelde el canto
Ni á la amistad se brinda;
Que la invoqué anhelante
Y sonó *Amor* la lira.

Con tanto desengaño
Esclamé: “¡Delia mia!
Si es que me ha concedido
El hado larga vida,
Mientras que corra el tiempo
En que las Parcas hilan,
Voy á escribir en verso;
Pero tú tierna amiga
Serás el solo objeto
De las canciones mías.
¿Y qué quieres que cante?
¿Y qué quieres que diga,
Si Amor tan solamente
Sabe sonar mi lira?

JUAN CRUZ VARBLA.

Recuerda haber leído en una copia de esta
poesía, que instruido Varbla por algunos ami-
gos, para que hiciera un elogio en verso de
los méritos y prendas distinguidas que adon-
naban al joven Lafinier, escribió estos versos
quaciendo ^{en parte} el ^{pat} pedido por escusando de hacerlo, mas
desididamente.

La caza.

[Fragmento de un poema titulado: *La virgen del sol*].

Allá tras del Pichincha que se alza nebuloso
Cubierto de malezas y duro pedernal,
Cuyo inflamado seno profundo y horroroso
Morada parecia terrible de Satan;
Cuyo incesante fuego lanzábase tremendo
Al sol amenazando que ardia en su cenit,
De los andinos montes las bases sacudiendo
Y templos y palacios hundiendo en polvo vil; (1)
En cuyas estendidas irregulares faldas
Levántase de Quito la grande poblacion,
Mirando cual baluarte que guardan sus espaldas
Las escarpadas rocas de fúnebre color;
En cuya cima oscuros los nubarrones vuelan
Que empañan de continuo la esfera celestial,
Y abortan tempestades que la campiña asuelan
Y tiembla circundada de rayos la ciudad;

(1) *El Pichincha* (monte que hierve) en cuya falda oriente está la ciudad de Quito, ha hecho sus erupciones en 1533, 1539, 1560, 1576, 1580, 1660, 1662, y la última y mas terrible de todas el 22 de marzo de 1859 en que el temblor de tierra despedazó muchas torres y templos.

De cuyos riscos saltan los nítidos raudales
Que el suelo fertilizan benéficos do quier;
Cuyas soberbias plantas oprimen los metales
De la codicia ocultos á la insaciable sed.

Allá tras el Pichincha de las pasadas eras
Testigo á quien los siglos no pueden destruir,
Que vió de los indíjenas, indómitas, guerreras
Las huestes por sus reyes trabar horrenda lid;

Que vió de Rumiñahui feroz la tiranía,
Y en Quito sobre escombros triunfar el español,
Con cuya sangre luego, por la discordia impia
Regada, al Ñaquito (2) su césped empapó;

Que en la elevada cumbre despues ha sustentado
De una batalla el peso que le hizo retemblar,
Y vió al leon hispánico ceder desalentado
Y huir dejando libre la patria de Caran; (3)

Alla tras ese monte
Que señala de ocaso el horizonte,
Misteriosos, umbrios, dilatados
Bosques se hallan talvez desconocidos
Aun del índico hoy dia;
Talvez no profanados
Por la ambicion y bárbara osadia
De invasores temidos
Por el brillo del oro conducidos;
De duros invasores que volcaron
De los Incas el trono,
Y con sañudo encono
Su cetro quebrantaron,
Y entre sangre y despojos levantaron

[2] *Ñaquito*. Hermosa llanura hácia el Norte de Quito é inmediata á la ciudad. En ella tuvo lugar la batalla de Gonzalo Pizarro y Blasco Nuñez Vela, primer Virrey del Perú á principios de 1546.

(3) Recuerdo de la famosa victoria de Pichincha obtenida por el jeneral Sucre sobre el ejército español el 24 de mayo de 1822, que dió independencia á Quito.

Un nuevo tronco de extranjeros reyes
Y el intruso poder de extrañas leyes.
Allí el nogal levanta
Su majestuosa cima,
Y á su trono se arrima
Y enreda y sube trepadora planta.
Allí de ingratitud imájen cierta,
Crece á la sombra del aliso airoso
El débil arbustillo que tornado
Jigante de las selvas poderoso
Da muerte al bienhechor. (4) Allí el preciado
Guayacan y la Chonta negra y fuerte,
Hierro del guerreador de la montaña;
El árbol que el aroma grato vierte
Consagrado á los Dioses; el frondoso
Seibo (5) vestido de suave seda,
El vijao (6) cuyas hojas la cabaña
Del montañés abriga; el cedro hermoso,
El duro mimbre, la flexible caña,
Se entretajan, se cruzan, se sostienen
Y en lozania eterna se mantienen.
Y al influjo del Inti (7) soberano
Brotó la tierra el amancai (8) fragante;
Y la encendida rosa y arrogante,

(4) El *matapalo*. Nace bajo un árbol cualquiera, se arrima á su tronco, crece nutrido con su sávia, le enlaza, le oprime, le marchita y se levanta al fin lozano, vigoroso, hasta que viene otro bejuco y le mata otra vez. De este modo crecen y se engrosan esos árboles monstruosos que asombran en el interior de las selvas orientales.

(5) *Seibo*. Árbol que sirve para distintos usos y produce un capullo sedoso, con que los indios de Canelos y otras partes labran una especie de saetas que emplean jeneralmente para cazar.

(6) *Vijao*. Sus dos especies sirven especialmente para techar las casas en las montañas.

[7] *Inti*. El sol.

[8] *Amancai*. Azucena.

Mecida por el céfiro liviano
Osténtase divina;
Y el *pagarillo* de doradas hojas,
La *arberjilla* olorosa y purpurina,
La simbólica y bella pasionaria,
De rama en rama asidos aéreos forman
Ricos jardines, do fugaz, voltaria
De mariposas una tropa vuela.
¡Adorno encantador, gala diaria
De la escelsa natura,
Que en vano el hombre remedar anhela
Con débil mano en su febril locura!

El aire sosegado
Corta el volar continuo de las aves
Que con trinos variados y süaves
Deleitan los oidos;
Cuyo bello plumaje matizado,
Con el íris compite en sus colores,
Y cuyos blancos nidos
Se encuentran suspendidos
Entre hojas verdes y olorosas flores.

Y allí junto á las nubes, con mesura
Réjia, bate las alas formidables
El cóndor de las rocas; su mirada
De majestad cercada,
Y do brilla fatídica bravura,
Las montañas recorre, ó jira incierta
Del alto azul en la rejion desierta.
Y entre las mústias hojas que tapizan
El siempre húmedo suelo se deslizan
Reptiles mil, ó de las verdes ramas
De un árbol corpulento
Suspendidos columpian, sus escamas
Pintadas ostentando; y el silbido
De la tremenda cascabel el viento
Rasga, y ronco el bramido
Del cuadrúpedo rey y del temido
Tigre la selva atruena
Y de hondo espanto llena.

A estos bosques poblados
De flores, de aves y de horribles fieras
Titu y Amaru acuden á la caza.
De sus manos certeras
Las flechas se desprenden; asustados
Los inocentes pajarillos huyen;
En vano la torcaza
Se acoje á los gigantes y copados
Abedules: el arma voladora
La alcanza y rasga el pecho temeroso;
En vano la perdiz, la protectora
Espesa yerba que su nido cubre,
Busca y allí se esconde: el afanoso,
Infatigable Titu la descubre
Y la crvia al instante muerte cruda
Con su saeta aguda;
En vano intenta el papagayo verde
En se encumbrado vuelo
Defender su existencia: allí la pierde
Del diestro Amaru al infalible tiro
Y rápido bajando mancha el suelo
Al pié del cazador con tibia sangre.
Y de sencilla emulacion movidos,
De mas presas en pos corren y saltan
Ambos amigos por medrosas peñas
Que la hiedra y el pardo musgo esmaltan;
O por raudos torrentes que oprimidos
Entre profundas breñas
Ruedan lanzando tetricos sonidos;
O por lo mas espeso y apartado
Del bosque dilatado.
Mas de Amaru la vista
Del suelo encuentra las marchitas hojas
En fresca sangre rojas;
Infalible señal, segura pista
Que deja el fiero puma (9) en cada huella
Despues que ha devorado

(9) *Puma*. Leon americano.

Su víctima infeliz aun palpitante.
Y el mancebo soberbio y arrogante
Ir desdeña con Titu acompañado
De aquella fiera en pos: á la victoria
Difícil y á la gloria
De tan terrible caza él solo aspira.
Empero Titu que el peligro mira,
Del arrojado Amaru no se aleja,
Aunque ir delante y combatir le deja.

De entre los dos á limitado trecho
Bajo un tronco roído por los años,
Asoma al fin el techo
Do fatigada de pillaje y daños
La bestia cruel reposa, de despojos
Sangrientos circundada.
La fatídica lumbre de sus ojos
Breve sueño ha robado,
Y su enorme cabeza
Entre su curva garra ha doblegado;
Mas al sonar en su mansion umbrosa
De los dos cazadores la pisada,
Iérguela con preteza,
Y su ardiente mirada y espantosa
Clava en el jóven que con firme planta
Y prevenido el arco se adelanta.
Alzase luego el gigantesco puma,
Enarca el lomo, gruñe y se espereza;
En contorno esparciendo
Aun de su boca sanguinosa espuma:
Entonce Amaru al corazon le apunta
Y cual rayo despréndese la flecha;
Pero ¡ay! no va derecha
Cual ir solía y la aguzada punta
Se hunde en el tronco secular hiriendo
Levemente la fiera: enfurecida
Esta al sentirla siéntase encojida
Con sus garras en alto,
Y á dar rápido salto
Va sobre Amaru que á la aljaba acude

Segunda vez, ligero y atrevido;
Pero su amigo al trance peligroso
Atento, se apresura y vibra el dardo
Que parte silbador y va derecho
A sepultarse en la mitad del pecho
Del enemigo atroz. Ay! el temido
Rey de las fieras al valor humano
Rinde el poder y la existencia: en vano
Lanza ronco bramido,
Y muerde el arma que arrancar procura
De su rasgado corazon, y quiere
Acometer: se aterrá, se levanta,
Y torna á derribarse: !su bravura
Es impotente ya! ruje, suspira,
Se estremece por fin, retiembla y muere.

Titu y Amaru en la efusion del gozo
Que su espléndido triunfo les inspira
En sus brazos se enlazan,
Y no mas aves ni mas fieras cazan.
Su insólito alborozo
Llena las selvas; su vehemente anhelo
Saciado está: la hermosa piel del puma
De los hombros de Titú irá pendiente,
Cuando benígno á su pasion el cielo
Conceda á su alma la delicia suma
De ser de Cisa para siempre dueño.
¡Dulce esperanza de un amor ferviente!
!Ay! ¿serás realidad? ¿serás un sueño?....

JUAN LEON MERA.

El cementerio campestre.

POR TOMAS GRAY.

(Traducido del inglés.)

La esquila toca el moribundo día,
La grey mujiendo hácia el redil se aleja,
A casa el labrador sus pasos guía
Y el mundo á mí y á las tinieblas deja.

La débil luz va del país faltando,
Y alto silencio en todo el aire veo,
Ménos do jira el moscardon zumbando,
Y allá do al parque aduerme el cencerreo;
O en esa torre envuelta en yedra, en donde
El triste buho quéjase á la luna
Del que vagando por donde él se esconde
En su antiguo dominio le importuna.

Bajo esos tílos y olmos sombreados
Do el suelo en varios cúmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados,
Duermen los rudos padres de la aldea.

Del alba fresca la incensada pompa,
La inquieta golondrina desde el techo,
Bronco clarin del gallo, éco de trompa,
No mas los alzan del humilde lecho.

No arde el hogar para ellos, ni á la tarde
Se afana la mujer, ni á su regreso
Los hijos balbuciendo hacen alarde
De trepar sus rodillas por un beso.

¡Cómo las mieses á su hoz cedían
Y los duros terrones á su arado!
Cuán alegres sus yuntas dirijían!
Cuántos bosques sus golpes han doblado!

No mofe la ambicion caseros bienes
Y oscura suerte de fatigas tales,
Ni la grandeza escuche con desdenes,
Por humildes, del pobre los anales.

Boato del blason, mando envidiable,
Y cuanto existe, ya opulento ó pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro....

No les culpeis soberbios si en su tumba
La memoria trofeos no atesora,
Do en ancha nave y bóveda retumba
De alto lcor la antífona sonora.

Volverá una urna inscrita, un busto airoso
El fujitivo aliento al pecho inerte?
Mueve el honor al polvo silencioso?
Cede á la adulacion la sorda muerte?

Tal vez en este sitio abandonados
Hay pechos donde ardió celestial pira;
Manos capaces de rejir Estados
O de estasiar con la animada lira!

Mas su gran libro donde el tiempo paga
Tributos, nunca les abrió la escuela;
Su noble ardor fria pobreza apaga,
Y el torrente jenial de su alma hiela.

Cuánta brillante asaz piedra preciosa,
Encierra el hondo mar en negra estancia!
Cuánta flor sin ser vista, ruborosa,
En un desierto exhala su fragancia!....

Tal vez un Hampden rústico aquí se halla,
Que al tiranuelo de solar, valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla;
De sangre pátria un Cromwell inocente....

Oir su aplauso en el senado atento,
Ruina y penas echar de su memoria,

La tierra henchir de frutos y contento,
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,

La muerte les vedó; mas en su encono
Crimines y virtudes dejó yertas;

Vedóles ir por la matanza al trono

Y á toda compasion cerrar las puertas;

Callar de la conciencia el fiel murmullo,

Apagar del pudor la injenua llama,

Y el ara henchir del lujo y del orgullo,

Con el incienso que la musa inflama....

Lejos del vil furor del vulgo insano

Nunca en vanos deseos se escedieron;

Y por el valle de un vivir lejano

Su fresca senda sin rumor siguieron.

Mas protejiendo contra todo insulto

Estos huesos aquel túmulo escaso

De rústica escultura, en verso inculto

Pide el tributo de un suspiro al paso.

Nombre, edad, por vulgares nunca puestos

Vez de elejia y fama desempeñan;

Y esparcidos en torno sacros testos

Que á morir bien al rústico le enseñan.

Pues quién cedió jamás esta existencia

Inquieta ó grata, al sordo olvido eterno,

Y dejó de la luz el alma influencia

Sin mirar hácia atras lánguido y tierno?

Al irse el alma un caro pecho oprime

Y llanto frio al ojo mustio aguarda:

Naturaleza aun en la tumba jime

Y aun en cenizas nuestro fuego guarda.

Por tí que al muerto abandonado honrando

Su triste historia haceis que en verso fluya,

Si acaso solo y pensativo errando

Un jénio igual pregunta por la tuya,

Tal vez un cáno labrador le diga:

“Del alba le hemos visto á la vislumbre

Sacudiendo el rocío en su fatiga,

Ir á encontrar el sol en la alta cumbre.

“Allá al pié de aquel roble que ballesta

Y hondas raíces tuerce caprichoso,
Molesto se tendia por la siesta
Viendo al vecino arroyo bullicioso.
“Ya en ese bosque desdeñoso andaba,
Sus temas murmurando y sonriendo;
Ya solitario y pálido vagaba
Como de amor y penas falleciendo.
“Faltóme un día en la colina usada
Junto á un árbol querido, en la dehesa,
Al otro no le hallé ni en la cascada,
Ni en la alta loma ni en la selva espesa.
“Con ceremonia lúgubre cargado
En el siguiente al cementerio vino.
Lee (pues sabes) lo que está grabado
En esa piedra, bajo áquel espino:”

EPITAFIO.

Aquí el regazo de la tierra oculta
Un jóven sin renombre y sin riqueza,
Su humilde cuna vió la ciencia culta
Y marcólo por suyo la tristeza.
Fué jeneroso y sincero y el cielo
Pagóle:— dió cuanto tenia consigo:
Una lágrima al pobre por consuelo.
Tuvo de Dios cuanto pidió: un amigo.
Su flaqueza y virtud bajo esta losa
No mas indagues de la tierra madre:
Con esperanza tímida reposa
Allá en el seno de su Dios y padre

JOSÉ ANTONIO MIRALLA.

Un canto y una lagrima.

AL DESGRACIADO JOVEN AUTOR DE "EL HARPA DEL
PROSCRIPTO." 1

—
"Hijo del hombre, vivir
Es lo mismo que llorar;
Dar tregua al lloro, es dormir,
Ser dichoso, eso es soñar."

AROLAS.

Oye, flébil cantor, pues que una lira
No basta á consolar tu desventura;
Y *sin fé, sin amor*, miras la altura
Sin yer tras ella oculto el porvenir;
Y *sin fé, sin amor*, bajas la frente
A la del hombre lúgubre mazmorra,
Sín encontrar en ella quien acorra
La negra soledad de tu vivir.

Oye, y no llores: lágrimas, sepulcros,
Infierno, proscripcion, eso es la vida,

1 "El Harpa del proscripto" es una leyenda escrita por Manuel Jerez, publicada en Caracas y reimpressa en el "Correo de Ultramar" del año 845.

¿Quieres gozar? La tumba te convida
Con su solemne y solitaria paz.
Yo arrancaré de tu panteon la yerba
Que de la tarde ondula al manso viento:
Y si oyen los que *fuieron* nuestro acento,
Tú mi plegaria funeral oirás....
Cantastes y lloré: porque tu canto
Un alarido fué del hondo pecho,
Un satánico grito de despecho
A cuyo bronco son me estremecí.
Así es fuerza cantar ¡sentencia horrible!
Mas, es fuerza creer. Sin esperanza,
¿Quieres, vate, saber lo que se alcanza?—
El lodo que la planta huella aquí.
El árbol deshojado espera un día
La verde y olorosa primavera:
La seca márjen de la fuente espera
Las aguas que el verano le robó:
La fiel paloma que encontró sin vida
Su tierna prole en el silvestre nido,
Espera con su arrullo dolorido
Darle el calor que el cielo le quitó.
¿Y tú no esperarás...? Tú á quien el ángel
Teje corona de celeste lirio,
Para borrar la sangre del martirio
Que sorberá tu lágrima final?
El árbol de la fé tiene sus flores,
Y si una vez la duda las marchita,
Una lágrima fiel las resucita
Y exhalan un olor mas virjinal.
Si duerme el sol, despertará la noche,
Toldo benigno del ardiente día,
Virjen que aplaca el llanto y la agonía,
Y nos tiende en el lecho á suspirar.
La noche es el espejo misterioso
Donde Dios y los ánjeles se miran;
Cuando sus formas confundidas jiran,
Deja el lecho, cantor, póstrate á orar.
Y será tu oracion sublime y santa,

Cual la fé predicada en el desierto,
Cual la que el Hombre-Dios alzó en el huerto
Pura como la sangre que vertió.

Que es la oracion al hombre maldecido
Lo que fué en su abandono á los querubes,
Cuando entre llamas y sulfúreas nubes,
Dios á Luzbel de su mansion lanzó.

Sube en las alas de la fé cristiana
A bañarte en la luz del firmamento,
A respirar el perfumado aliento
Que se escapa del trono de Jehová.

Verás allí la reina de los orbes
De cuyos ojos nacen las estrellas,
Como apaga en el éter las centellas
Con solo una mirada que les dá.

Verás allí los místicos patriarcas
Bajo sus palmas inmortales de oro,
Y oirás el puro y relijioso coro,
Del alcázar beatífico de Dios.

Verás allí las púdicas vestales,
Multiplicadas sombras de María,
Que al escuchar la terrenal orjia
Dieron á los placeres un adios.

Y en tanto que las vírjenes te aguardan
Con mil coronas de azulados lirios,
Canta, vate infeliz, y en tus martirios,
Haya esperanza y relijion y fé.

Y ¡oh! si pudiera yo cuando en tu losa
El céfiro columpie una palmera,
Seguir, cantor, en la infinita esfera
Las esprendentes huellas de tu pié. . . .

Caracas Octubre 1844

A. LOZANO.

La esirella de la tarde.

Estrella solitaria de la tarde,
De los cielos viajera misteriosa,
Que desde el éter puro esplendorosa
Al alma el fuego irradias en que arde—
Estrella solitaria de la tarde!

¿Qué angusta pena su palor te imprime
Con que hasta el fondo del recuerdo brillas,
Cuando del mar absorto en las orillas
Contemplo tu ascension lenta y sublime?—
¿Qué angusta pena su palor te imprime?

De los dulces ensueños blanca aurora,
De la esperanza refulgente faro,
Al infeliz amante eres amparo
En tí mirando á la que tierno adora,—
De los dulces ensueños blanca aurora.

Cuando al zenit magnífica te encumbras
Vuelve el pastor contento á su cabaña,
Se recuerda á la patria en tierra estraña,
En el piélago undoso al nauta alumbras,
Cuando al zenit magnífica te encumbras.

¡Límpida estrella de esplendor celeste,
Estrella del amor! mis pasos guía,

Tus rayos esparciendo y tu armonía
De mi existencia en el desierto agreste,
Limpida estrella de esplendor celeste.

Al fulgor de tus pálidos zafiros
Sobre la humilde fosa que me guarde,
A tí mi alma en la tranquila tarde
Suba del aura envuelta en los suspiros,
Al fulgor de tus pálidos zafiros.

Fijando la mirada en tu aureola,
Si la precedo acaso en la partida,
Mi amiga fiel recuerde enternecida
Que en el valle del llanto amé á ella sola,
Fijando la mirada en tu aureola.

Preside dulcemente á su destino,
Tú que del monte Oreb en las alturas
Brillaste, y en las fértiles llanuras
De Senaár, con resplandor divino,
Preside dulcemente á su destino.

Asciende, asciende hermosa y rutilante
Lágrima ardiente del Inmenso, inflama
Los castos pensamientos y derrama
La ilusión, la esperanza al pecho amante,
Asciende, asciende hermosa y rutilante!

CÁBLOS GUIDO Y SPANO.

Un año despues,

I.

“Soy invariable. . . ! De tu fé en rehene
“Toma mi fé . . Tu ausencia me consume!
“¿Cuándo á gozar de tu ventura vienes?”
—Ya ni el recuerdo de tus cartas tienes
Y aun tus cartas conservan su perfume!

“Sacrificios! . . . Supones que lo ignoro?
“Cuando el amor el corazon expande
“Con sus mirajes y horizonte de oro,
“Es quien adora como yo te adoro
“Capaz de todo lo sublime y grande!

“Soportaré las pruebas mas acerbas
“Porque conmigo tu existencia partas!
“Sóbrame á mi enerjía si te enervas!
—Ya ni el recuerdo de mi amor conservas
Y aun conservo el perfume de tus cartas!

II.

Y es cierto que el amor—ese perfume,
Ese aroma de májico pebete—
Es cierto, Santo Dios, que se consume,
Del cuerpo y alma que una vez le asume,
Antes que el vil zahumerio de un billete!

Oh flaca humanidad! Todo lo puedes
Y nunca, nunca de flaqueza te hartas!
Y ni ya muerta la ilusion, concedes
Que rompa el hombre sus amantes redes
Y rompa y quemé sus amantes cartas.

Oh caracteres que trazó su pluma!
Aun al leerlos en placer me inflamo!
Y aun el pesar mi corazon abrumba!
Y mientras ella, acaso, otros perfuma,
Aun sus billetes olvidados amo!!

III.

Tú, que fuiste ideal de mi ventura
Por el prestigio de ilusion funesta:
Tú, que acusar pudiera de perjura,
No temas de mí ¡no! venganza dura....
Olvida y goza....mi venganza es esta.

No temas de mi lábio una palabra,
Una sola palabra de reproche,
No temas, no, ni que á tus ojos abra
El agravio recóndito que labra
Mi corazon en tenebrosa noche!

No temas, no, que mi pasion exhume
Para que tú de nuevo la compartas,
Ni que por eso de desden te abrume!
Aun tus cartas conservan su perfume
Y aun conservo el perfume de tus cartas

Felicidad.

Noche, ven, yo te espero sin cuidados,
Tranquilo el corazón, quieta la mente:
Creo y espero en Dios Omnipotente,
Tengo hijos, y esposo.....tengo mas:
Tengo una madre amante y cariñosa,
Hermanas que me quieren, que yo quiero,
Y en vez del falso brillo del dinero
Tengo un modesto y sosegado hogar.

Ruedan, en tanto, silenciosamente
Las horas del vivir callado mío,
Como ruedan las gotas de rocío
Sobre el pétalo terso de la flor;
Y tal como en la turbida mañana
Cierne su luz el sol por la neblina,
Mi plácida existencia se adivina
Tras el místico velo del amor.....

En otro tiempo el corazón ardiente
Soñaba inquieto y de soñar vivía,
Fantásticas quimeras noche y día,
Delirios en tropel.....soñaba en fin;
Mas despejóse luego el horizonte,
La parda nube se trocó en aurora,
Tornó la calma al corazón, y ahora
El presente me abona el porvenir.

Sola otro tiempo, como el ave errante
Que atraviesa desiertos arenales,
Y en largos años de ansiedad mortales,
Llega al oasis que con fé buscó;
Siéntome al fin exenta de fatigas,
Y si tiendo al pasado una mirada,
Es por traerla de efusion cargada
Para posarla en el presente amor.

Hoy ya no sueño, palpo la ventura:
Miro en torno, y el cielo me sonríe,
Tiendo la mano y hallo quien me guíe,
Quien me enseñe la senda del deber:
Ya de la vida la escarpada cumbre
Es para mí, suavísimo sendero.
Apoyada en mi tierno compañero,
A medida que avanzo, afirmo el pié.

¡Y vivo tan feliz! Cuento las horas
Por mis horas tranquilas de alegría,
Y asegurado el pan de cada día
Espero sin zozobra el duro fin
Y es tan dulce vivir! vivir á un tiempo
En la madre, en el hijo, en el esposo,
Aguardando en la fé y en el reposo
El momento supremo de morir!

Cuanto, pues, la quietud, la paz doméstica,
La sacrosanta union del himeneo,
Cuanto me hace feliz, cuanto poseo,
La salud, el amor, el bienestar
Que alguna vez el bien no es vana frase,
Ni siempre espinas cercarán las flores.
Si hay en la vida amargos sinsabores
Hoy para mí solo hay felicidad.

Laura en el baño.

En la tranquila corriente
De un arroyo transparente,
VÍ á Laura que se bañaba:
Con qué descuido inocente
Con qué candor jugueteaba!

Ya los brazos estendia,
Cortando el agua lijera;
Ya simulaba que huia,
Y en la arenosa ribera
El pié menudo ponía.

Y bulliciosa cantando,
Iba unas flores cojiendo,
Iba otras flores dejando,
Y el húmedo lino alzando
Sin saber lo que iba haciendo.

Y cual leve mariposa
Que va y viene y torna y jira,
Así va Laura afanosa;
Y ornada de mirto y rosa
Vuelve á la fuente y se mira.

Y al ver el bello semblante
Que el agua reproducía,
Graciosa se sonreía
Y se apartaba al instante,
Pero al instante volvía.

Contemplando su hermosura
Brotó el rubor virjinal
En su cara, y la figura
Borrar con el pié procura
Del tembloroso cristal.

Y como garza pulida
Al claro arroyo se arroja,
Y de sus flores se olvida
Que van dejando hoja á hoja
En la corriente perdida.

Y va el agua murmurando
Y á su destino siguiendo,
Y el blanco pecho mojando,
Y el húmedo lino alzando
Sin saber lo que va haciendo.

Maldita sea la brisa
Entre las cañas parlera,
Que, cuando menos quisiera,
Vino á hacerme huir de prisa
Porque Laura no me viera.

Cancion

Para cantar en la distribución de premios de las
Escuelas Públicas el 10 de Julio de 1866.

Al templo de la ciencia
Marchemos con anhelo,
De la ignorancia el velo
Rompiendo con afan.
El libro es nuestra antorcha.
La escuela es el camino;
Dichoso es el destino
Do nuestros pasos van.

CORO.

Viva la Escuela!
Gloria al saber!
Y adornemos la sien del mas digno
Con coronas de rosa y laurel.

En su mision divina
El Redentor del mundo
Con un amor profundo
Los niños llamó á sí.
"Dejadlos que á mí vengan,
Decia con cariño;
Que yo confio al niño
La ley del porvenir."

CORO.

El se llamaba Maestro
Y en sí nos dió el modelo:
El hombre hijo del cielo,
Sintió su dignidad.
Por eso desde niños
Preparamos la mente
Para guardar ardiente
La luz de la verdad.

CORO.

Desde el hogar paterno
Hasta la patria amada
Nos sigue la mirada
Ansiosa del amor;
Por el *honor* guiados
Nuestro *deber* cumplimos,
Y el premio hoy recibimos
De un año de labor.

LUIS I. DOMINGUEZ.

El anzuelo.

A las orillas del mar
Ví á Lise pescando un día,
Sin que ayudarla á pescar
Pudiera la suerte mía.
Yo, por cierto, dudaría,
Segun mis inclinaciones,
Si en las dulces variaciones
Con que el anzuelo arrojaba,
Acaso peces pescaba
O pescaba corazones.

FR. CAYETANO J. RODRIGUEZ.

A Pyrra.

(ODA V. DEL LIB. I.º DE HORACIO).

Sobre tu cama de flores,
¿Qué delicado mancebo,
Vertiendo aromas,
Te estrecha al seno?

¿Para él, hermosa, te guardas
En retirado aposento,
Con simple adorno,
Preso el cabello?

¡Ah, cuantas veces turbado
Verá de repente el cielo,
Los vientos ásperos
Airado el piélagos!

Hora pura como el oro,
Y de bastardos afectos
Exenta y libre,
Te juzga crédulo.

Intacta á sus ojos brillas,
¡Triste! que ignora indiscreto,
Que eres voluble
Mas que los vientos.

De mí la tabla votiva
Que en el santuario presento,
Y al Dios marino
Rendido ofrezco;

Atestigua cómo salvo
Ya del naufragio postrero,
Mis ropas húmedas
Del templo cuelgo.

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

Siglo de Oro.

De Baltasar en el festin se sienta
La sociedad y estúpida se embriaga:
De su presente la abyeccion la halaga
Porque no tiene el porvenir en cuenta.
Si un cuadro de dolor se le presenta
En torno suyo indiferente vaga. . . .
La fé su luz esplendorosa apaga
Ante la luz del oro amarillento.
¡El hombre no ama al hombre! . . . El mundo aleve
Del egoismo relijion va haciendo!
Pobre mortal del siglo diez y nueve!
Qué habras de responder cuando
Te pregunte el eterno soberano:—

RICARDO PALMA.

Cancion.

PARA LAS ALUMNAS DE LA ACADEMIA DE MUSICA
Y CANTO EL 25 DE MAYO DE 1823.

— —
CORO

*Venid amadores
De bella armonía,
A cantar el día
De la Libertad.*

Hoy fué que cambiaron
A impulso divino
Su triste destino
Los hijos del sud;
Y sesenta lustros
• De horrores sin cuento
Un solo momento
Borró de virtud.

CORO.

El luciente padre
De la luz y el verso,
Por el universo
Tanto honor cantó;
Y la fama al punto,
Doblando su vuelo,
De la tierra al cielo
Tambien lo llevó.

CORO.

Entónces su garra
La fiera de España
En hórrida saña,
Volvió contra sí;
Y del leon sañudo,
El feroz rujido,
Fué doquier temido,
Despreciado aquí.

CORO.

Del hermano, el padre,
El hijo, el esposo,
El brazo nervioso
Entónces se armó;
Y el llano, y el cerro,
La arena y la ola,
La sangre española
Do quiera tiñó.

CORO.

La madre en las filas
Abrazando al hijo,
No vuelvas, le dijo,
Sin gloria y lloró.
Y la tierna esposa
Al jóven guerrero
Le ciñó el acero
Y un beso le dió.

CORO.

Así libertada
La domaça tierra,
Calló de la guerra
Al cabo el clarín;
Y el fuego y el humo,
El rayo, el amago,
La sangre, el estrago,
Cesaron al fin.

CORO.

Hoy el sol saluda
Desde el alto cielo
A su'amado suelo
Ya libre y en páz:
Qué los duros tiempos,
En que era precisa
Sangrienta divisa
No vuelvan jámas!

CORO.

Venid entonemos,
Virjinales coros,
Mirad los tesoros
Que nos dá la paz:
Mirad como vienen
Por el mar profundo,
Los libre del mundo
Al suelo feroz.

CORO.

Venid, y ciñamos
Nuestra cien de rosa;
No porque la hermosa
Nunca esté mejor,
Sí, porque llevemos,
En bonor del dia
Signos de alegría
Coronas de flor.

CORO.

Hoy nos vió la aurora
Al nacer cantando,
Y el sol en bajando
Nos mire tambien:
Pues ya de la pátria,
Todo el mal se aleja,
Y el cielo nos deja
Gozar tanto bien.

CORO.

JUAN CRUZ VARELA

Al bello sexo Oriental

En este día
Penas á un lado;
Venga la Lira,
Vamos cantando.

Tiernos sencillos,
Suenen mis versos
En alabanza
Del bello sexo.

Las Orientales
Ora me inspiran:
Vamos cantando,
Venga la Lira:

Pues son las hijas
Del rico Oriente
Como las flores
Que da Diciembre

Todas gallardas
Como azucenas,
Modestas todas
Como violetas;

Como las rosas
Todas lozanas,
Y todas suaves,
Como las malvas.

Yo de la tierra
Donde he nacido
Salí llorando,
Pobre y proscripto.

Y los sollozos
De mi familia,
De mis amigos,
De mi querida,

Fueron el solo
Triste consuelo
Que me dejaron
En tal momento.

El fin entonces
Miré cercano,
De mis marchitos
Jóvenes años.

Mas, por fortuna
Pisó mi planta
Estas riberas
Hospitalarias:

Y aquí me dieron
Hogar y asilo;
Hallé consuelos
Encontré amigos;

Y ví las hijas
Del rico Oriente,
Como las flores
Que da Diciembre

Todas amables
Graciosas todas;
Que como aquellas
Su suelo adornan.

Ellas hicieron
Con sus modales,
Con la dulzura
De su caracter,

Que mis tormentos
Se mitigáran;
Y que si estraño
Mi dulce Patria,

Halle en la suya
Blandos cuidados,
Que son alivio,
De un desterrado.

Hijas donosas
De aqueste suelo,
¡Así mis votos
Oyera el Cielo!

Vierta sus dones
Sobre vosotras,
Jóvenes tiernas,
Madres y esposas.

Amor os brinde
Solo delicias,
Como á mí ¡ay triste!
Brindóme un dia.

Jamas los celos
Nimudlas anzas
Marchitar puedan
Vuestra esperanza.

Entre los brazos
Del himenéo,
Vuestros amores.
Bendiga el cielo.

Y vuestros hijos
A par que crezcan,
Con el sustento
Virtudes beban.

Vuestros ejemplos,
Vuestros cuidados,
Harán virtuosos
Los ciudadanos.

Así la Patria,
Verá gozosa,
Que su fortuna
Debe á vosotras.

¡Y así mis votos
Oyera el Cielo!
Pero entretanto
Donoso sexo,

Recibe el voto
De un Argentino,
Que mientras llora
Triste y proscripto,

Canta á las hijas
Del rico Oriente,
Como á las flores
Que da Diciembre.

Montevideo, 1830.

FLORENCIO VARELA

Los ojos,

De Eva en la fresca pupila
Se vió un instante el Creador,
Y de su escelsa hermosura
Allí un reflejo dejó.

Por eso al ver de la hermosa
El doble radiante sol,
Sueño de ángeles soñamos
Y adivinamos á Dios;
Y el perdido paraíso
Brilla en miraje veloz,
Con su atmósfera encantada,
Su fruto de tentacion.

Brota entonces en la arcilla
Del corazon el amor,
Flor trasplantada del cielo
Que abre en la tierra el boton;
Y estáticos entrevemos
Como una gloria precoz,
Realidades de otra vida
Que ilusiones aquí son.

Por eso aquella mirada
Tantos milagros obró;
Cambió del mundo el destino
Y al hombre su vocacion.

Solo ella pudo, una tarde,
Adelantándose al sol,

Ver en la mar otro mundo
Que un jenoves le ofreció;
Y hacer del aventurero
Un cristiano semidios,
Y completar, en la tierra
La empresa del Redentor.

¡A cuantos dió tal mirada
Diadema ó crucifixion!
¡A cuantos héroes y mártires
Su credo inmortalizó!

Alli tal vez su esperanza
Vió la desesperacion,
Y relámpago del cielo,
La dicha nos deslumbró.

Allí a! traves de una lágrima
Vió su consuelo el dolor,
La caridad el mendígo,
El reo su salvacion.

El hombre, al ver de la hermosa
El ojo fascinador,
Fué mas que hombre, fué poéta;
La quiso hablar y cantó.

Que para hablarla era indigna
Nuestra inarmónica voz,
Y otra inventar fué preciso,
Y ella misma la infundió.

Desde entopces allí bebe
El alma su inspiracion,
Del banquete de los dioses
Maravilloso licor.

Bebe el hombre y embriagado
Se sueña tambien un Dios,
Y todo su ser inflama
Espíritu creador.

Y cual las flores devuelven
Al munificente sol
Su luz cambiada en mil tintas,
Y en perfumes su calor,

A la deidad paga el hombre
Un tributo por un don:
Y esa mirada transfórmase
En poesía y en amor.

RAFAEL POMBO.

Despedida a Valencia.

¡Tierra donde nací, yo te saludo!
¡Bendiga Dios tu cielo azul sin nubes
Donde asoman su rostro los querubes
Cuando se oculta moribundo el sol!
¡Bendiga Dios las flores de tus campos!
¡Bendiga Dios tus brisas perfumadas!
¡Bendiga tus auroras coronadas
De fúljido, purísimo arrebol!

¡Qué á mí del hado adverso los rigores?
¡Qué á mí los duelos de mi triste vida?
¡Nada! si eres feliz, ciudad querida,
Feliz en su mazmorra es tu cantor.
Horóscopo sangriento me arrebató
De tu encantado y pintoresco suelo:
Así lo manda en su furor el cielo;
Yo te dejo al partir... todo mi amor.

Amigos que llorais la desventura
Del mísero y errante prisionero,
¡Adios! ¡adios! en mis endechas quiero
Pintaros mi profunda gratitud.
Mas, ¡ah! ¿qué digo? la enlutada Musa
El plectro arranca de mi torpe mano;
¿No oís su acento cóncavo y lejano?
Rompe, me dice, tu fatal laud.

Valencia, 13 de Setiembre de 1854.

ABIGAIL LOZANO.

El Anjel Caído.

4.ª PARTE.

(*Segundo Fragmento.*)

El viento rey, el de furores grandes,
Enjendro de la Pampa y de los Andes,
El Pampero, soplabá con estruendo
Las nubes de la atmósfera barriendo,
Que en falanje al huír como montañas
Llevaban la tormenta en sus entrañas.
Lanzaba el Plata de las suyas hondas,
Bramando aterrador, jigantes ondas
Coronadas de espuma, contra el muro
De piedra secular;—nada distinto
Se percibía sino abismo oscuro
Horrísono, impalpable laberinto.
Todo era noche, horror; del marinero
De cuando en cuando un eco lastimero
Por el aire vagar triste se oía,
O en las tinieblas centellar se veía
Una luz solitaria y vagabunda.
Y esa tal vez inquieta y tremebunda
Ajitacion del Plata, ese murmullo
Era imájen de su alma turbulenta,
Cuadraba bien al pensamiento suyo:—

Porque según la crónica nos cuenta
Era D. Juan romántico á su modo,
Y buscaba con alma enardecida
En el cielo, en la tierra en el *gran todo*,
Para sentir y realizar la vida,
Impresiones profundas, que el abismo
Colmasen de su *escéptico idealismo*—
Las buscaba en el mundo y la natura
Como las busca el potro en la llanura,
El águila en los montes gigantescos
Do reinan con su horror las tempestades,
La gacela en los valles pintorescos,
El león en las vastas soledades,
La tórtola en el bosque solitaria,
El cenobita austero en la plegaria,
El avaro en el oro potosino,
En impúdico labio el libertino;—
Y cada uno según sus propensiones
En cebar sus instintos y pasiones.

Así entonces D. Juan, quizá el olvido
De congoja recóndita buscaba
Donde el Plata soberbio embravecido
Con el Pampero indómito lidiaba,
Donde rumor humano no se oía
Y tinieblas y horror solo se vía;—
Y contemplando estático y gozoso
Aquel cuadro bellísimo y grandioso,
Al Plata que en espíritu venera,
Apostrofó D. Juan de esta manera.

Salve ó Plata! en tu presencia
Multiplicarse yo siento
Sublimarse mi existencia,
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora quieta, ora iracunda
Se muestre, hirviendo la vida
Rebosar en mí fecunda,
Como rebosa ahora en tí.

Y toda vez que el Pampero
Sobre tus espaldas monta
Y arrojar espuma fiero,
Bramar te hace de furor;
Y te azota, y tú soberbio,
Tú indomable te ajigantas
Por millares de gargantas
Lanzando eco atronador.

Tú á mis ojos representas
De la pasion y del hombre
El afan y las tormentas
Y la convulsion febril;
Y el incesante murmullo,
Y el teson infatigable
Y de su indómito orgullo
La pujanza varonil.

Cuando ajitado te miro
El corazón se me ensancha,
Alegre y libre respiro
De cuidado mundanal;
Y todo olvido, y mi mente
En su inspiracion sublime
Abarca, concibe, siente
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
No hallan aire mis pulmones,
Solo entre fango diviso
Las reliquias del *no ser*;—
Misteriosa y escondida
Tú me revelas la fuente
Del deleite y de la vida
Que no tiene ni hoy ni ayer.

Esa inagotable fuente
Que insaciables, delirando
Mi corazón y mi mente

Van buscando en el vivir;
Cuya agua solo el abismo
Insondable de pasiones
Calmar podrá, que en mí mismo
Palpitante siento hervir.

Oh! la tierra me fastidia .
Con sus mezquinos afanes,
Con su miserable envidia,
Con su odiosa ingratitude,
Con el humo de su gloria,
Con sus frívolos amores,
Con su ambicion irrisoria,
Con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
De su gozo y sus deleites
Que refrijerio ni hartura
Jamás á mi labio dan;—
Todo cuanto toco en ella
Apetezto y acaricio,
Y hasta el beso de la bella
Que busqué con tanto afán,

Junto á tí mi pensamiento
Algo tiene de divino,
En todo ser y elemento
Columbra el soplo de un Dios;—
Y la vida de la muerte
Surjir vé,—armónico el órden
Del aparente desórden,
La luz viva del caos.

Tu voz ¡oh Plata estupendo!
Jigantesca, habla un idioma
Que me deleita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;—
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,

Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir;—
O en el raudó torbellino
De la tormenta engolfarse,
En su atmósfera bañarse
Y de su vida vivir!

Me place con el Pampero
Esa tu lidia jiganté
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia
Que atolondran mis sentidos
Llevan á mi alma embriaguez.

Y meplace verte en calma
Dormir, como suele á veces
Dormitar tranquila mi alma
O mi vida material;—
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, y jugando
El aura apenas te riza
La melena de cristal.

Me places como el Océano,
Tu rival en poderio,
Cuando le surcaba ufano
En mi albor de juventud,
Con el corazón de luto
Pero con alma nutrida
De sábia fértil de vida,
De fé y sueños de virtud.

Me places cual la llanura
Con su horizonte infinito.
Con su gala de verdura
Y su vaga ondulacion,
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente
Para aturdir de mi mente
La febril cavilacion.

Y te quiero ¡oh Plata! tanto
Como te quise algun dia,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo ví.

Te quiero como el recuerdo
Mas dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones
Que ví en sueño alguna vez.

Oh Plata! al verte gigante
Me ajiganto, iluso siento
La emocion y arrobamiento
De un inefable placer;
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal transformarse
Mi percedero ser.

Si algo pedirte pudiera!
Si me oyeses, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera;

Mi cuerpo entregarte, sí,
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre,
Ni preguntase quien fuí.

Y don Juan en silencio nuevamente,
Con el sentido estático y la mente,
Contempló el espectáculo sublime
Que de terrestres ansias lo redime;—
Y en alta noche ya triste cual vino
De su lejano hogar tomó el camino.
1844.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

Al nombre de Laura.

Ese tronco que Abril de pompa viste
Donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, veráslo pronto deshojado,
Que á la injuria del tiempo no resiste.

Vendrá diciembre con sus brumas triste
Y cubrirá de escarcha el tronco helado
Soplará el aquilon, y desgajado
Lo arrastrará, si con furor le embiste.

Templo mas digno que tu nombre lleve
Donde no hay cierzo que lo abata impío,
Ni invierno que lo cubra con su nieve,

Un corazón será que te ame ciego.
Laura, los ojos vuelve aquí en el mio
Grabólo Amor con su buril de fuego.

VENTURA DE LA VEGA.

Oda a Cristobal Colon.

(PREMIADA POR EL LICEO DE MADRID EN UN CERTÁMEN DEL AÑO DE 1849)

“Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Do se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?
“Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La proa inclina adonde el sol acaba?
“No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
Como, medrosa el ave
Con triste augurio que su vuelo encierra
Al nido torna de la dulce tierra?
“La aguja salvadora
Que el rumbo enseña y que á la costa guia,
No ves como á deshora
Del Norte amigo firme se desvia,
Y á Dios y á la ventura el leño fia?

“Y el piélago elevado
No ves al Ecuador, y, cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece,
Y el sol como entre nubes se oscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama
De alijera centella lluvia ardiente:
¡Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje y restalla y sucumbir se siente.

“Acude, que ya tcca,
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca:
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fé contra tu empeño.

“Y cual la vocería
Al cielo suena; y cómo en miedo y saña
Creciendo y agonía,
Con tumulto y terror la tierra estraña
Pide que dejes por volver á España.

“¡Ay! triste que arrastrado
De pérfida esperanza, al indo suelo,
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamífero tu vuelo!
No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

“La perla reluciente
Y el oro del Japon buscas en vano:
En vano á Mangi ardiente:
Ni de las hondas aguas del Oceano
Jamás verás patente el grande arcano.

“Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauto llora
Juzgándole quizá cadáver yerto
La inconsolable madre el hado incierto.”

Engañosa sirena
Vanamente el error canto en su lira:
Colon! clava la antena:
Corre, vuela; no atrás, avante mira:

Al remo no des paz, no temas ira.

Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento
En furia desatado,
Resista el corazon, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento.

Por la fé conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afan y esfuerzo sin segundo,
Asi das gloria á Dios, y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro dia
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía:
En fama escelso, sin igual en gloria,
Eterno de la jente en la memoria!

Él la tostada arena
Te vió sábio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena;
Y en voz de amor, y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo.

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la jente;
Y un culto dar al hombre
Desde el jelido mar y rojo oriente
Al confin apartado de occidente.

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nùevo rey pregona,
Al viento dar lijera
Del astro de los Incas en la zona:
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe
Humillada á tus piés, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las rejiones mora
Anjel te llama y como Dios te adora.

Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y alegría!

Trocada en dulce paz ve aquí la guerra;
Cual divina vision, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras rejiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones;

De ambos polos vecino
Entre cien mares que á su pié quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbía planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudó, espumoso,
Rey de los otros rios se arrebatá
Marañon caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el Cóndor jigantesco fijo mira
Al almo sol y entre sus fuegos jira.

Allí fieros volcanes;
Emulo al ancho mar lago sonoro;
Tórmentas, huracanes:
Son árboles y piedras un tesoro;
Los montes plata y las arenas oro.

Qué tardas? Lleva á Europa
De tamaño portento alta presea.
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendabal que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélagó sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego
Y tinieblas y horror y lluvia y fuego,
Y del mar al bramido
Unirá contra tí la envidia artera

Su ronco horrible ahullido.
¡Piloto sin ventura! á qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?
¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre entre las jentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
Por tú empresa un rival será premiado?
Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence y llora,
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora:
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.
Mas ¿qué á tu fé del viento,
Del rayo y la traicion crudos azares?
Levanta el pensamiento:
Elejido de Dios hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares.
No Argos mas gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa;
Ni de Pallas guiada en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.
De jente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano;
Cual en tierra labrada
Mece la blanda espiga en el verano
Con rudo sóplo cálido solano.
Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colon! esclama, y los espacios hiende;
Al polo alcanza; hasta el Empíreo asciende.
Del incógnito clima
¡Oh rey de Lusitania! los portentos,
Y la mjes áurea opima,
Llorando el corazon duros tormentos
Airados ven tus ojos, y avarientos.
De tí y de tus iguales,

El anglio poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y escelsa suerte
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras;
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobre huñano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios:
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?

Dílo tú que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos,
¡Oh sombra de alto ejemplo!
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro' y por corona abrojos.

Mas no á la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo:
No es suya la mancilla;
Que á tí fué abrigo, cuando mas desnudo,
Al indio madre, al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
A tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y agua derramara.
¡Tu alada fantasía
Al contemplarlo en el Eden primero
Volando se creía;
Y Eden será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,
Donde busquen asilo,
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador, con fiero insulto.
¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira:
De pueblos, de monarcas,
Cuando el señor que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!
Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando y altares;
Y despues de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallaran cordial y amigo:
¡Co!on! el mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aurcolas
Las invencibles armas españolas.
Así de polo á polo
Resuena el canto: estiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

A una Dolores en el día de su santo.

Cuando en vistoso salon
Te ví aparecer, Dolores,
Entre encajes y entre flores,
De alegre música al son;
Y ví por primera vez
Tu talle airoso, elegante,
El candor de tu semblante,
La blancura de tu tez,
En tu encantadora faz
Hallé una dulce espresion
Que brindaba al corazon
Con ilusiones de paz.
No la paz indiferente
Del ser insensible y frio
Que del mundo en el vacío
Ni ama, ni goza, ni siente:
Sinó aquella calma grata
Imájen del mar sereno,
Cuando en su tranquilo seno
La luz del cielo retrata;
Y en su sosiego profundo
De poder dá señas tales,
Que si rujen vendabales
Pudiera tragar al mundo.

La paz que á gozar convida
Y dulcemente conmueve,
Cuando en tus manos de nieve
Vibra el arpa estremecida;
O con tímido rubor,
Que te dá mayor encanto,
De tu simpático canto,
Suena el éco seductor.
Ora en brioso corcél
Cruzas el prado atrevida;
Ora das al lienzo vida
Con tu májico pincel.
Ya con modesta espresion
Tu claro talento brilla,
Y es ingeniosa y sencilla
Tu grata conversacion.
Solo turba la armonia
De cuadro tan lisonjero
El nombre de triste agüero
Con que hoy se anuncia tu dia!
Que importa! No es cosa nueva
Que nos pongan al nacer
Un nombre que viene á ser
Sarcasmo del que lo lleva.
No temas pues los rigores
Que tu triste nombre augura:
Dios no me dió á mí *Ventura* . . .
No te dará á tí *Dolores*.

VENTURA DE LA VEGA.

A la memoria de la desgraciada joven

CONCEPCION MICOLAO.

Morir! . . . Ahogar en sangre la serpiente
Que arrojó su veneno en mi camino,
Y con mi propia mano delincuente
Rasgar la vida que me dió el destino!

Sentir un corazón joven, ardiente,
Pidiéndome en su idioma la existencia
Y arrancarle del pecho do inocencia
Himnos de amor alzó á la omnipotencia!

Dios me maldecirá. . . Mas yo le arranco,
Porque seco le siento ya y sin vida;
Así el raudal de mi dolor estanco;
No importa que me llamen la "suicida."

¿ De qué sirve una estrella que se apaga?
¿ De qué una palma que secó el verano?
¿ Ni la ilusión que en sueño nos embriaga,
Si es solo una ilusión y un sueño vano?

Esperanza! mi amor! mi ajujel custodio!
¿ Por qué me abandonastes en la tierra!
Sabes lo que sin tí mi pecho encierra?
Tinieblas por do quier. . . desprecio y odio!!

Yo descuidada y jóven mariposa
De luz sedienta me arrojé á la llama ;
Pero ignoraba que su luz hermosa
Pérfida tuesta al que sus brillos ama.

Mis alas se abrasaron.. Hoi me arrastro
Con mi dolor secreto por el suelo ;
Negro el ocaso de mi triste cielo
Sepultó sin piedad astro por astro.

¡Qué hermoso filtro!.. Sí.. Yo le bendigo..
Qué delicioso correrá en mis venas!....
Mundo sin ilusion, yo.... te maldigo!!
Quédate con tus hombres y tus penas!

Gracias!.. Me abraso.. por mi seno corre
Ese licor de paz, licor benigno....
Nadie me ha visto.... nadie me socorre....
Se cumplirá!.... Se cumplirá mi signo....

Ya me siento morir.... Cielos! ¿Qué hice?
Ya no aliento.... Me acabo.... Siento frio....
¿Quién pronuncia esa voz? ¿Quién me maldice?
Adios, madre! perdon.. perdon, Dios mio!

Cesó la voz.. Ya no existe..
Fué su martirio profundo;
No tiene derecho el mundo
Para maldecirla, no.
El fué quien puso en sus manos
El mortífero veneno;
Quien á pedazos, del seno
El corazon le arrancó.

Pobre azucena marchita!
Pobre tórtola sin nido!
¿Por qué, por qué haber nacido
Para terminar así?....
¿No tenia flores el campo?
¿No tenia estrellas el cielo?
No: de tu alma el negro duelo
Todo enlutó para tí.

Qué te quedaba en el mundo?
Negros fúnebres crespones
El cielo de tus visiones
En su cóncavo prendió
Y una á una se apagaron
Las estrellas que soñaste;
Los ánjeles que adoraste
Dios en humo convirtió.

Qué te quedaba en el mundo?....
Jóven estrella apagada,
Mariposa abandonada
Sin alas para volar :
Palma seca en el desierto,
Fuente en su cauce estancada;
Pobre tórtola olvidada
Sin un nido que habitar.

Y tú nacistes hermosa...:
Y el cielo te diera un alma
Tan pura como la palma
Que dá á sus mártires Dios.
Tú, radiante de ternura,
De sueños, de poesía,
Tú morir! Negra, sombría,
Debió ser tu duda atroz.

Lívido y agonizante
El nombre de Dios oíste;
Cristiana te arrepentiste,
Y arrepentida él te oyó:
Tu perdon sonó en el cielo
Cuando Satanas reía,
Y al escucharlo María
El Hijo te perdonó.

No tiene derecho el suelo
Para maldecir tu nombre:
Debe enmudecer el hombre,

Cuando el que perdona es Dios.
Feliz tú que en tu agonía,
Presa de un dolor profundo,
Oiste al dejar el mundo
De tu relijion la voz.

ABIGAIL LOZANO.

En el album de una Rosa.

Vertiendo aroma al despuntar el día,
Nace la *rosa* en plácido pensil:
En el pensil de España, Andalucía,
Tú naciste tambien, *Rosa* gentil.

Nace; y tímida empieza y ruborosa
Su purpurino cáliz á entreabrir;
Capullo son tambien tus lábios, *Rosa*,
Cuando comienzan dulces á reír.

Pastor incauto, del olor llevado,
Su tallo ¡ay nécio! se atrevió á tocar:
Aguda espina le dejó llagado,
Y largas horas consumió en llorar.

Rosa gentil, que á su pesar inclinas
A que te adore el que una vez te vió;
Dime si tienes cual la *rosa* espinas;
Que no quisiera lastimarme yo.

VENTURA DE LA VEGÁ.

En el album de una desconocida.

Todos estos señores
Te llaman guapa;
Pero es porque te han visto;
Vaya una gracia!
La gracia fuera
Celebrar tu hermosura
Sin conocerla.

El cielo á mi esa gracia
Me ha concedido;
Pues donde hay algo bueno
Yo lo adivino.
Qué la hermosura
Se siente hasta en el aire
Que la circunda.

Hasta el menor objeto
Que la rodea
Se impregna del perfume
De su belleza.
Las mismas hojas
De este libro en que escribo
Huelen á hermosa.

Asi pues, sin recelo
De equivocarme
Te diré bella Emilia,
Que eres un ángel,
Y hasta me atrevo
A decir lo que tienes
De mas selecto.

Al que una vez, Emilia,
Mira tu rostro,
Desde luego le encantan
Tus lindos ojos,
Donde fulgura
La luz de las ardientes
Hijas del Túrria.

Despues de ver tu ojos,
Si queda vivo,
Al contemplar tu boca
Perderá el juicio:
Y mas si de ella
Se exhala el dulce canto
Que al alma llega.

Esto sin conocerte
Digo y declaro:
No temo, bella Emilia,
Llevarme chasco.
Ay! temo solo
Decir cuando te vea:
Me quedé corto!

En el album de una peruana

LLAMADA CARMEN.

Dichoso milveces tú,
Album, que del viejo mundo
Corres al suelo fecundo
Del opulento Perú.
Y mas dichoso si alcanzas
De la hermosa arequipeña
Una sonrisa halagüeña
Que colme tus esperanzas.
Si en recorrer se entretiene
Tus hojas, album, y al paso
En esta página acaso
Su mirada se detiene;
Con elocuente espresion
Haz que resuene en su oído
El éco de este jemido
Que aquí exhala el corazon.
Jemido de amor ardiente
Al patrio suelo adorado,
Donde de mi madre al lado
Corrió mi edad inocente.
En él van dulces memorias
De aquellos días de calma;

Y el *adios* que da mi alma
A esperanzas ilusorias.
En él los votos que envia
Al cielo mi puro amor
Porque proteja el Señor
A la que fué patria mia.
Por obediencia forzosa
La dejé de angustia lleno.
La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa.
Suyo fuí; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fraticida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando
Calló mi musa aflijida.
Hoy que á coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
A la América su hermana;
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano-español,
A la clara luz del Sol
La union venturosa canto.
Ven inspiracion divina;
Que ya á mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina!
Mas la estrenaré primero
Ensayando un canto en ella,
Con que á tus piés, Cármen bella,
Rinda mi afecto sincero.

1857.

A la gran pirámide de Egipto.

Escollo vencedor del tiempo cano,
Isla en el mar oscuro del olvido,
Misterio entre misterios distinguido,
De un inmenso arenal gran meridiano!

Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y poderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolacion trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dan la mano
La eternidad que fué con la futura:
La voz de lo pasado en tí murmura,
De una tierra ya muda escombros vano.

Qué triunfos! qué desastres! qué mudanzas,
Has presenciado! Cuánta muchedumbre
Siglos tras siglos contempló tu cumbre!
Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez, se han abismado:
Reyes, sabios, guerreros han pasado,
Y en el abismo míseros se hundieron.

De tus autores pereció la historia;
Tal vez su polvo, que arrebató el viento,
Empaña el exterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, á un punto reducida
Do te acercas al cielo—¿no figuras
El orgulloso error de criaturas,
Y su esperanza en polvo convertida?
Cuando tu incierto orijen indagamos
Escribe en tí como en funerea losa
El irónico Tiempo: “Obra gloriosa
De monarca potente que ignoramos.”

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Trova marina.

Su muelle resplandor el sol poniente
Vierte sobre la mar ténue y dudoso;
En una tarde lánguida y doliente
Del helado diciembre nebuloso.

Oh mar! junto á los bordes que tus olas
Bañan y besan con amor ¡quién pudo
Tener un alma y contemplarte á solas
Inerte el corazon, el labio mudo?

Quién podrá junto al musgo de tu orilla
Sobre empinada roca, indiferente,
Ver resbalar la errante navecilla
Sobre el sereno azul de tu corriente?

Quién podrá sin trasporte, en el espejo
De tus tranquilas aguas brilladoras,
Ver dibujarse en májico reflejo

La sombra de tus velas pescadoras,
Mientras, en su seno pálido desliza
La imájen del errante gondolero,
Como en su alma triste la indecisa,
Memoria de algun sueño lisonjero?

Ni quién podrá sin ser un vil gusano,
Mirar tus horizontes estendidos

Sin rendirte en ofrenda, ancho oceano,
Corazon, pensamiento, alma y sentidos?

No seré yo, que en estacion perenne
Tu dilatado imperio contemplando,
Todo mi ser á tu rujir solemne,
Siento cual arpa cólica vibrando.

No seré yo que en tus riberas siento
Lanzarse el alma á la rejion divina,
Como corta en pujante movimiento
El águila la esfera cristalina.

No yo que amo tus aguas trasparentes,
Ya alces tu voz tronante ya serena,
Ya en las rocas colérico revientes,
Ya suspires pacifico en la arena.

No yo que en tí amo todo, tus espumas,
Tu tersa faz, tus rudos arrecifes,
Tus verdes algas, tus oscuras brumas,
Anchas naves y débiles esquifes.

Sobre tu espalda á la merced flotando,
Ya del turbion que muje con bravura,
Ya de las auras al impulso blando,
Siempre el placer me espera y la ventura.

Siempre, al soplar la brisa cuando duerme
Al abrigo del cesped onduloso,
Cuando despunta el alba ó cuando inerme
Descansa el universo perezoso.

Y mas que nunca, oh mar, en esta hora,
La hora del amor y el pensamiento
En que el alma en suspiros se evapora
Como un celaje lánguido en el viento;

Cuando el sol que desmaya se sepulta
Bajo el ténue crespon del occidente,
Como una vírjen tímida que oculta
Con pudorosa majestad su frente.

Y las ondas, los vientos, las palmeras,
Todo, su eterna lánguidez derrama,
Y, cual siempre, magníficos los mares
Ostentan su encantado panorama.

Pero en vez de las lonas que acostumbra

Con blando arrullo acariciar la brisa,
Una tan solo al lejos se vislumbra
Como errante neblina movediza.

Una tan solo?—No, que en el recinto
Que azota sin cesar la mar vecina,
Se deja percibir, claro, distinto,
El éco de esta cántiga marina.

—
La tarde triste y lenta
Sobre la mar espira
Y á lo lejos arjenta
Tu vela que yo sigo con dolor,
Y mengua y disminuye
Y en los cielos se pierde
Como un sueño que huye
Llevándonos la dicha y el amor.

—
Adios ángel querido!
Lleva sobre tus alas
Mi corazon prendido
Que no supo, jamas vivir sin tí.
Conduce sin enojos,
¡O piélago! esa nave;
Virjen de negros ojos
Guarda mi amor, acuérdate de mí.

—
Mi pensamiento errante
Cual solitario cisne
Por tí surca anhelante
Las anchas soledades de la mar.
Que el sol muera ó se eleve
Mi alma irá contigo,
Como tu sombra leve
Ama y sigue tus pasos sin cesar.

—
Propicio te sea el viento
O si acaso, ángel mio,
Soplando turbulento
La mar irrite el huracan cruel,

Solo mi barca abata,
Solo mi vela rasgue,
Siempre en ondas de plata
Resbale dulcemente tu bajel.

Bajo la franja oscura
De tu doliente párpado
Húmedos de amargura
Pienso aun mirar tus ojos ¡oh mi amor!
Cual bajo el pardo velo
De tenebrosa nube
Tiembla y vierte en el cielo
El véspero apacible su fulgor.

Delirios, alegría
Horas de amor, ventura,
Adios! Oh quién diría
Que un fujitivo sueño erais no mas?
Iris de cien colores
Que el alma tornasola;
Mentidos resplandores
De un sol que sin nacer huye fugaz.

Un sueño! Mas qué importa?
Al borde de la tumba,
Que su existencia corta
Lamente el que ha vivido sin vivir;
Y lllore los enojos
Del tiempo el que la vida
En tus hermosos ojos
Bebió una vez, bien puede ya morir.

Adios! Sobre tu frente
Tendida la ancha lona
Te arrulle blandamente
Y proteja tu sueño virjinal;
Porque en celeste olvido,
Tu dulce vida sea

La del alcion dormido
Al abrigo del ala maternal.

Adios! mas cuando un ave
Cabe tu barca cruce
Con canto triste y grave
Sola y perdida en el desierto azul,
Que almas sin pesares
Indiferentes sigan
Su vuelo por los mares. . . .
Piensa en las almas solitarias tú.

Y los écos bebiendo sus acentos
Corren como suspiros sucesivos
Dilatando en las ondas y los vientos
Sus dolorosos ayes fujitivos.

Mas sea que las olas cuando vienen
Las sombras de la noche, la ribera
Con mas alto fragor bañen y atruenen,
Mas altiva la mar, mas altanera;

O que la pena inexorable y dura
El dolorido lábio oprima y selle,
Cesa el canto; y el aura que murmura
Sigue tranquila, cariñosa y muelle.

Mas la aparente y momentánea calma
Turba un último grito, un ¡ay! de aquellos
Que no salen del pecho sin el alma,
Muerte dejando y soledad tras ellos.

Uno solo --el postrero--desgarrante--
Doloroso--terrible se percibe
Y tambien muere! . . . Acaso en este instante
Nuestro despojo el piélago recibe.

Qué importa! A las riberas ha quedado
De la estinguida y dulce melodia

Un éco entre sus rocas dilatado,
La mas sonora y célica harmonía;

La mas pura y jentíl, la que no suena.
Sin que á su imperio el corazon no vibre;
Es un nombre, el de "Elodia" esa sirena
Que hace esclava, á su voz, toda alma libre.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Preludio.

Busqué en el fondo
del alma mia
una plegaria,
una armonia,
un éco insólito
de inmenso amor:
canto profundo
de extraño anhelo,
con todo un mundo,
con todo un cielo
de inspiracion.

Busqué una música,
un solo acento
que compendiára
mi sentimiento,
como una lágrima
muestra el dolor;
busqué el idioma
desconocido
de la paloma;
busqué un latido
del corazon.

Busqué ese arpejo
de la esperanza
que el alma trémula
soñando alcanza
allá en la atmósfera
que habita Dios,—
y hallé tú anjélico
nombre querido
que como un alma
llevo escondido
en lo mas íntimo
del corazon !

RICARDO GUTIERREZ.

Soneto.

A LA SRA. DA. JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Musa sublime en cuya frente pura
El lauro de Corina reverdece,
Y en cuyo noble corazon parece
Que revive de Saffo la ternura.

Al oir de tus versos la dulzura,
Al aura suave que las flóres mece,
El alma enajenada se embebece
Y recibe en su ser nueva frescura.

Por qué lejos de tí quiso el destino
Colocarme al nacer, cual si mi suerte
Fuese solo admirar tu estro divino?

¡Ah! pero hay una vida tras la muerte,
Del jenio y la virtud brillante esfera,
Y alli con Dios *mi corazon* te espera!

MERCEDES MARÍA DE SOLAR.

INDICE.

Introduccion.....	
ACUÑA (Anastacio Ochoa y)—Mejicano.	
Epigramas.....	110
ANCIZAR (Agripina Sampor de (a) Pia-Rigau)—Neogranadina.	
Vaguedad.....	102
Felicidad.....	143
BERRO [Adolfe]—Montevideo.	
En un album.....	6
A Florencio Varela.....	29
A la muerte.....	63
BLEST GANA [Guillermo]—Chileno.	
El ruisenor.....	26
BRIÑAS (Felipe Lopez de)—Cubano.	
A Heredia—Soneto.....	32
BUSTAMANTE [Ricardo]—Boliviano.	
Ultimo adios á Buenos Aires.....	46
BETANCOURT (Luis Victoriano)—Cubano.	
Sueño.....	20

BARALT [Rafael]—Venezolano.	
Oda á Cristobal Colon.....	168
CALCAÑO (José Antonio)—Neogranadino.	
Irova marina.....	186
CARO [José Uusebio]—Neogranadino.	
Mi suerte.....	80
CUENCA [Claudio Mamerto]—Arjentino de Buenos Aires.	
Un año despues.....	141
CASTILLO [Manuel]—Peruano.	
A mi hijo.....	93
DOMINGUEZ [Luis L.]—Arjentino de Buenos Aires.	
La novia.....	111
El ombú—A Félix Frias.....	113
Cancion.....	147
ECHEVERRIA [Estévan]—Arjentino de Buenos Aires.	
El poeta enfermo.....	30
Canciones.....	33
El pensamiento.....	55
El ángel caido—fragmentos de la primcra y segunda parte.....	56, 81, 100 y 161
GUTIERREZ (Ricardo)—Arjentino de Buenos Aires.	
El cuerpo y el alma.....	108
Preludio.....	171
GUIDO Y SPANO [Cárlos]—Arjentino de Buenos Aires.	
Las horas.....	109
Soneto.....	112
HEREDIA [José Maria]—Cubano	
En una tempestad.....	24
A mi esposa en sus dias.....	40
Al cometa de 1825.....	61
A mi querida.....	46

A la gran pirámide de Egipto	185
INDARTE (J. Rivera)—Arjentino de Córdoba.	
Mi promesa	63
IRISARRI (Hermójenes de)—Chileno.	
Anacreóntica	79
La juventud—fragmento	106
LASTARRIA (Eduardo de la Barra)—Chileno.	
Al poeta americano D. Guillermo Matta	7
Laura en el baño	145
LOZANO (Abigail)—Venezolano.	
Napoleon	3
La noche	49
Ayes del corazon	49
Un canto y una lágrima	136
Despedida á Valencia	160
A la memoria de la desgraciada jóven Concepcion Micolao	177
LUACES (Joaquin Lorenzo)—Cubano.	
La pesca	64
MATA (Guillermo)—Chileno.	
A la memoria de D. Andres Bello—fragmento	77
MERA [Juan Leon)—Ecuatoriano.	
La caza—fragmento de un poema	125
MIRALLA (José Antonio)—Arjentino.	
El cementerio campestre—traduccion del ingles	132
MONTEBOS [Silveria E. de los)—Neogranadina.	
¿Por qué me miras anciano?	15
MONTÚFAR [José Batres y)—Centro-americano.	
A Pirra—traduccion libre de Horacio	27

NAVARRETE [Fr. José M. de]—Mejicano.	
Soneto	44
PALMA (Ricardo)—Peruano.	
Las ánimas	43
A	64
Siglo de oro	150
PESADO (José Joaquín)—Mejicano,	
El despecho	88
A Pirra	149
POMBO [Rafael]—Neogranadino.	
Los ojos	158
PRIETO (Guillermo)—Mejicano.	
Grandeza del hombre como obra de Dios	1
RODRIGUEZ (Fr. Cayetano J.)—Buenos Aires.	
El anuelo	148
SAMPER (J. M.)—Neogranadino.	
El hogar	7
A orillas del Magdalena	11
SOLAR (Mercedes Maria del)—Chilena.	
Al jeneral Lavalle	98
Soneto—A la Señora Jertrudis G. de Avellaneda	192
VALDÉS [Gabriel de la Concepcion]—Cubano.	
Daspedida—A mi madre	81
Plegaria—A Dios	78
VARELA [Juan Cruz]—Buenos Aires.	
En un convite de amigos	91
Mis designios frustrados	124
Cancion—25 de Mayo de 1823	154

VARELA (Florencio)—Buenos Aires.

A la libertad de la Grecia.....	64
Al bello sexo oriental.....	154

VEGA [Ventura de la]—Buenos Aires.

Al nombre de Laura.....	167
A una Dolores en el día de su santo.....	175
En el album de una Rosa.....	181
En el album de una desconocida.....	181
En el album de una peruana llamada Carmen.....	183

YEPES (José R.)cubano.....

El rayo azul.....	118
-------------------	-----

